

ALOCASO...

(por Canco)





Alocaso...

(por Canco)

para Elisabeth..

*“como... anda en
secretos...”, no vaya a ocurrírsele a “la
parca” venírseme de “juergas”.. así que
he aquí un testimonio de que alguna
vez...*

Proemio:

De la afinación de la lengua a la demencia.

La envidia es un factor que nos domina. Miramos al frente y nuestro vecino compró un auto nuevo o tuvo la mejor de las fiestas, o viajó a Dubayy, o sus hijos tuvieron los mejores puntajes, o tiene el último iphone, o su 4x4 es alemana, o su esposa es rubia, o es delgada, o su marido ocupado es delgado, o tantas otras cosas que envidiamos de veras. Pero a veces, el vacío afán resulta ser un excelente ejercicio para renovar la existencia, retirarse para adentro, romperse los miedos y reconstruirse, usando el atardecer a favor. Irnos a la muerte aunque no podamos volvernos jamás, pues en una de esa, con alguna gracia milagrosa... partiremos de nuevo.

Parece cierto que los sofistas aparecemos al cambio de eras, aunque nuestras sentencias se vayan por todos los resumideros de la historia. En mi caso, tenía unos 16 años cuando se imprimió en mí, la iluminada esperanza del criterio, en un sentido y, la seductora armonía de las formas del isleño, en otro. Calvino y Eltit, Diamela e Ítalo, en tiro y retiro desamparados por la fuerza de los tiempos que silenciaron al Yo para siempre. Vino, entonces, la pregunta por la existencia efectiva de la mitocondria, base de la vida para la biología y la genética y, hasta el día de hoy pregunto por si alguien ha visto alguna. Por estos días, el descubrimiento de la "GFAJ-1" me vanagloria y puedo decirles: "¡se dan cuenta... se dan cuenta...!, pues la base molecular de la vida (C+N+H+O+P+S) ha sido derrotada por aquella bacteria sin fósforo (P), por aquella partícula de arsénico que cuestiona todos los ADN y ARN. Sé que una golondrina no hace verano, pero aquella creencia que se me había viniendo, ha tomado forma crucial. Estamos en tiempo de escepticismo y, estos tiempos ocurren cuando nos atrevemos a cuestionar las bases de la verdad, cuando la pregunta es el elemento que justifica existir y no las respuestas. Temo que esto pasa cuando la verdad científica, por más verosímil que sea y casi irrefutable, es la principal responsable de la injusticia y del abuso, pues en su nombre, desde todos los frentes, los poderosos impiden su búsqueda inagotable. Quiero decir, nos obligan a caer en el vacío, en la nada en nombre de las ciencias. Una vez más vivimos tiempos de preguntas radicales, donde todas las afirmaciones pueden cuestionarse por el sólo hecho de que es posible: eso se llama libertad, de espíritu si se quiere y si existe tal espíritu, pues la libertad, aunque a veces duerme recesivamente, siempre existe.

En esos días supe de Alejandro y su desconocida hija y me enteré de la distancia inmanente entre ocaso y muerte, de la falsa esperanza que inutiliza a los sentidos, de los viajes del alma por buscar respuestas inexistentes y, de la afinación de la lengua a la demencia.

La maravilla del lenguaje humano se manifiesta en la constante y continua definición que vamos haciendo de la realidad, guardando, en cada persona, el privilegio de cambiar de juicio; lo que se creyó alguna vez puede trocarse por nuevas convicciones. No obstante, al ser gregarios, comportamos “normalidades” con nuestros con-culturales, utilizando signos comunes que se sostienen en creencias también comunes y, suele ocurrir que quienes se salen de estas normas expresen señales de locura. Pero este maridaje, a ratos, pareciera que va construyendo una peligrosa y purulenta epistemología de la normalidad, que tenemos el deber de combatir.

Treparía, como por cerros, entre blancos, con el único ánimo del planear de las aves, en silencio, subiendo por las piedras, al tiempo de las aguas, distorsionado por las cascadas, quemando al sol el frío, entusiasmado partiría para quedarnos, un pequeño instante al menos, cerrando la boca y los párpados de la humedad que cala, para asirte, como si se tratase de tus dedos que frotas y soplas, como si

fuesen mis pliegues, abrigos delirantes; oyes la canción que componen, oyes tantas cosas que no sé.

Una mañana, mientras dormías, en la terraza blanca, el café en el viento helado, lloré con la más feliz de las penas, de algún modo supe todo, incluso de estas horas paternas tan lejos de la nieve; lejos de las corrientes, un paisaje dibujo en mis memorias para hacerte en las nostalgias, pero un ruido se interpone, como si se hubiese desprendido en avalancha...

Tengo algo de miedo todavía

No debiera temer

La patria se lleva

Aunque nada sea

Como tú más allá...

Primera Parte:

De los viajes del alma por buscar en el lenguaje respuestas inexistentes.

-una mujer tan vieja como más todavía y un hombre que, claramente, era ni marido, ni hijo y algo...- escribo iniciando nuestro habitual juego con Lela. "Almorzamos en su casa, tú, yo... ellos", replica, estableciendo que la mujer habría enviudado temprano.

- Mh... vamos viendo. Justino se llama él. Seguramente es hijo de Justino y nieto de Justino y abuelo de la pequeña que sirve el vino. -Hola Justina-, le dices...
- No, no, no. Tú serás, esta vez, el imprudente y desubicado. -hola Justina...- le dices y ella nos sonrío. -Kelita, dígame que no me llamo Justina- aclara y Justino, con un ademán, le invita a retirarse. -Ella es mi nieta Rosario, hija de la Charito- nos comenta. Yo me avergüenzo. Justino nos mira y la anciana, cambiando el tema, con actitud decorosa, nos ofrece un postre, que era el preferido de su hija residente en Tokio...
- No, o sea me parece lo de Tokio y, por cierto, ¿en qué quedaron con tu madre?... Preferiría que, antes de lo del postre, apareciera un tímido sonrojo de cómplices de reojo y entrelazadas miradas, que empujasen a la abuela a tomar mi mano, dispensándose de su falta de decoro, pues la madre muerta de Rosario, se llamaba María...

Se prolonga el silencio como señal psicológica de desconexión estando conectados. Le pregunto y escribo “de nuevo te enojaste... de acuerdo, no hablemos de tu madre... sigamos”. Lela me contesta con un “Mh...” que, por lo común, significa “no pero sí”, así que retomo, unilateral, el juego preguntándole por el nombre de la hija, pero ella, notoriamente interrumpiéndose de algo, en ese segundo al menos más importante, me reitera “Mh... Raquel: como aquella osa valiente llena de luz... ya no quiero seguir... me voy...” Con pretensión de retenerla le escribo “¡espera.. un ratito!” -Me voy te dije, te llamo o te escribo después, además tengo que juntarme con el Jose. Chao.- Se fue y en mi cabeza se quedó rondando ese aquel Jose, Justino, Kelita, Rosario, María y Raquel la iluminada. -¡Quién diablos es ese Jose!- pronuncié refunfuñando, ridículamente celoso. Me engullí un café y me lancé al sofá a fumar. Al volver, ella me había escrito, pero ya se había ido.

- désolé, pero ya sabes que me altera que te refieras a mamá y, además perdiste. Je serai de retour quand la pluie s'arrête à Paris... Digamos que, con ternura, la muchacha bajó la cabeza, pues ellos eran gente muy silente, disminuidas, menos que humildes, casi sin lenguaje; sus ropas, las paredes, las puertas coloreaban ladrillos, todo lo que habían en rededor (árboles, pasajes y una laguna) eran sepias verdosas pinceladas. A las cinco vuelvo, espero que estés, necesito contarte... pero no me resulta fácil, tienes que ayudarme, como siempre, a perder o burlar el miedo... Besos, Lela. “Alzheimer” fue el diagnóstico y no importa... besos.

Inevitablemente, me enternecí hasta el estremecimiento, configurando en mi silencio la exclamación del “gran-diosa”, al figurar su rostro de bebe en el otro extremo de mi cerebro: souvenirs. Aunque al poco de conocernos, me llevó por el recorrido de su infancia, entre videos y fotos desde su primer cumpleaños hasta sus primeros paseos a la playa en la secundaria. Lela me es en sus ojitos divinos, pequeños, plomizos, nebulosos, de indeterminada mirada y pupilas perdidas, pero únicas y de ella; imagen reiterativa de un sólo y diminuto instante sustancial de la existencia entera que trae al presente, permanentemente, mis propios muertos, los del camino, muertos de la referencia que trastornan hasta el alma, cuando los evoco. Nos distanciaban con Lela un año desde la última vez que estuvimos de cuerpo presente, ese breve lapso en el aeropuerto de Buenos Aires y, han pasado más de cuatro, desde que nos despedimos en Santiago. Antes de eso, cabalísticos ocho días con sus siete noches de ponernos al día después de 34 años. Antes de eso, un siempre indeterminado yo y tú, tú y yo, completamente desconocidos pero reunidos en afanes y anhelos que no modifican en nada cada segundo de la existencia, sin ninguna importancia cotidiana, en realidad, sin ninguna existencia. Desde que venimos siendo, nos hemos ido armando, ya por urgencia, consuelo, ya por complacencia o, simplemente, misericordiosos, en esa convicción de que si hubiésemos estado juntos, no hubiéramos alcanzado este inigualable contacto, que viene promediando las 8 horas semanales desde hace 3 julio: entre l'été et l'hiver - en temps réel. Sin duda que la necesidad de inventar historias está en la base de nuestros minutos. Que somos, nos hemos dicho, una suerte de escritores de vicio, que al oficio niegan porque estamos convencidos de que no hay nada que decir ni reparar. Se disparan tantas salvas y balas de

letras al espacio que no sé, ni sabré cuán inmenso es el intencionado y mal intencionado lenguaje dirigido por economías individuales que, imaginariamente se tornan grupales y que, en el defecto analítico, conforman universos; los mismos que todos compartimos y que dejamos nos limiten para reconocernos, al menos, en esa multitud multilingüe, sin que a nadie le importe la verdad ni en realidad: la vérité. Escribir a secas es un permanente inútil desperdicio, pero escribirle es cómo negarme la existencia afirmándola. Surgen, entonces, las interrogantes de cada historia, el pretexto que esconde la caricia inexistente: Ma fille, armé à l'os y son hechos de letras, puras letras. Ese comedor sepiado y Jose merecen, claro que lo merecen, pienso y anticipándome a las cinco, como tantas otras veces, le escribo:

- ... aunque lo dudes y te hanches en el detéstote más incondicional, “más poco que nada” me importa lo de tu madre y, ya ves... Majadero es el reconocimiento de mis deudas con ambas y que no tengo ni de donde poder pagarlas, aunque el precio fuera tan tremendamente metafísico como el mísmisimo infierno, pero hasta ese: hace rato dejó de existirnos... Para contextualizar, te propongo que retrocedamos un poco. Supongamos que, antes de llegar al terracotado comedor de la anciana y su Justino, estábamos en la cordillera... Supongamos... nos ensordecíamos con la corriente del Maipo y la agudeza del silbido de los tutores del nocedal. Los zorros asechaban el campamento, como si fuéramos madrigueras de liebres y el miedo iba ascendiendo como el sonido tétrico de cualquier noche a la intemperie. Lentamente colmándolo todo, nos íbamos sometiendo en la irremediable

oscuridad del da lo mismo, podría tratarse de un privilegiado rincón terrestre o de un pedazo de Marte, pues nada se dejaba ver: sólo infinito. -infinito puro- digo y agregas "Infinitud a secas". Pido a gritos ¡Un GPS, por favor...! Y respondes, burlándote con uno en las manos: "Logitud 70°16'10" al oeste latitud: 33°46'15" al sur..." El tono es el regalón y malcriado sonsonete afrancesado que usas cuando te alegra sorprenderme. En reprimenda, te mando que te duermas, al tiempo, que te agradezco no estar perdidos del todo. Circundan las 3 de la madrugada y que no puedes dormir me cuentas, pero con un cansancio inusual y a sabiendas de lo que se nos vendrá a la mañana, ni Morfeo, en persona, nos conciliarían. Decido leer, pero me sancionas por encender la lámpara, cuando ya, a esa hora, redoblaron los sapos de aquel tango. Entre divagaciones creo dormir, vívido observo los pliegues brillantes del rostro de quien, se me ocurre, es tu madre en esta historia y, por lo tanto, yo su esposo. Adjudico a la refracción de la poca luz en su sudor, las lágrimas que imagino y, queriéndome quedar un rato así, como si existiese un antes muy longevo, mis viejas manos terminan asimilándose a la belleza plena de sus surcos y colinas... Te despiertas y que me duerma, me recriminas. Se enteran las cuatro y sin decirte nada, me quedo mirándolas largamente, como si se tratara de un acertijo de imágenes, como si miedo, noche e insomnio fuesen claves que paladean una advertencia; suerte de himno de grillos e intuición, que le llaman. Cierro, por un breve instante, mis párpados y ya es de mañana.

Al releer lo escrito me interrogo si enviárselo a Lela y me censuro, pues me resulta una apologética que, desde que nos conocemos, me prohibí, siquiera insinuar. Un mínimo de respeto, no sólo a la libertad propia de decidir la -también- propia ofensa y el evidente desprecio, que conjuga a los abandonos cuando somos victimarios y víctimas, sino que, sobre todo, a la inteligencia que se descompone ante tales aberraciones de manipuladores expertos. Uf... son huevadas... tanto así como la cuadratura del círculo... Uf... son numéricamente las 4/4... un tiempo de silbidos y croas como perfección del cubo similar al par que me indican que se viene la muerte o la libertad, el fin o el cambio absoluto de la piel... un par, un cubo, pero uno a la postre, sólo uno...

- Buenos Días, las cinco al alba, qué día, está espectacularmente blanco, ¿un cafecito... Estás ahí...? Te dije que cuando parara la lluvia en Paris y a las cinco ...No estay... Uhm... que fome... te espero.

Efectivamente me había quedado dormido con el note al costado cuando me interrumpe el mensaje de Lela en esa coincidencia horaria que me confunde ficción de realidad, París-Santiago de un ambos a la intemperie. La pantalla titila más de la cuenta o mis ojos no logran quedarse quietos y, en un error no forzado, se dispara hacia ella, la censurada nota que no alcanzo a corregir.

- Hola...¿?

- Buena, papi-mami- et sa petite fille dans le jardin de l'Éden... sencillamente romántico... ¿nos amamos, cierto... somos felices... yo soy una niña...? ya puh... dime...
- No sé... no me gusta...
- Te haces.... Si te encanta... dans une fin... A la postre, supón que dormiste esa noche sólo 15 minutos... te serví un café entre mi mediocre ironía y tu elegante sarcasmo. Supón que es un campamento, que ambos acompañamos a mamá y que, mientras nos vamos reincorporando en la helada mañana, los demás siguen un ritual. Ella nos mira desaprobándonos, pero guarda decoro para no incomodar al resto. Supón que el buen café lleva cicuta y... ¿podría ser, cierto?... eres asqueroso... lo sabías... mh... son bromas... Imaginemos más... por ejemplo que la mamá asiste a una suerte de iniciación mística, una mezcla de ceremonias asiáticas e indígenas con revelaciones medicinales... señales apocalípticas con comunicación extraterrestre... Cariñosamente, te recuerdo una de las promesas: “la recompensa de San Alfonso” y emulando el tono del guía ayudante, declamo “A los $\frac{3}{4}$ de camino cambiaremos la noche por el día... habrá festín... nos sumaremos de artes amatorias...” Me estoy riendo y también me burlo de ustedes, mis padres en esta historia, de vuestra absurda fidelidad, abstinencia e incomprensible negación del placer. La pregunta se torna más abierta y se depone la cursilería, la irreverencia se extrema en mis actitudes y dichos, la insolencia se empodera de mis reproches. Soy una suerte de adolescente tardía, entre los veinte y los treinta, que tengo mi propio departamento dentro de la casa de ustedes, una

independencia dependiente o una libertad protegida. Una suerte de hija única y estudiante eterna que los acompaña por su vacación entre diplomados de la más variada especie, desde turismo y comercio exterior hasta antropología filosófica, de profesión profesora que no ejerce pero que dicta algunos talleres menores en las facultades donde ustedes son eminencias...

- Uf... nos estamos yendo desde el plan numérico al numérico, cual rosacruceanos de la modernidad, para enajenarnos diferentes entre la ética predominante del acto o la moral deseada de la punta del cerro, esta vez, contra el privilegio del estar sin más ni menos. Mi propia sangre y mi oportunismo, otrora, se hubieran visto cuestionados, pero sólo conservo la pose de pipa en la boca y un buen café que decora mi internalizado ligero y hondo tono de decir; cascara que, hace rato, dejó de cubrir el haberme asido metamisurable y dejó de guardar ese yo perfecto que ni duda ni se duda; postura hueca de conquistador del mundo entero que lo había entregado todo... Mh... cierto... no te he contado que, hace tantos y muy anterior a ti, la Kelita insistía que debía seguir la carrera académica, la docencia, que pintaba para un reconocidísimo maestro... y no te molestes, no es que esté refiriéndome a ella porque sí. Ocurre que esos padres que te inventas se parecen por lo mucho al vacío espacio que suponía no queríamos. Por todas partes escuchaba las voces de la "irreguardible imposibilidad de volar" de algún poeta argentino en alguna película, también trasandina, que jamás he podido recordar ni sus nombres, ni sus actores, ni su director, ni nada; una especie de velo que anonima la autoría para

poder robármela sin reparos, como si detrás estuvieran las claves sabinescas de una irreverencia glorificada, capaz de dejar al otro sin álito ni alma y, aún así maravillarnos en su belleza, porque al fin y al cabo, todos tenemos algo de rufián y, no es que mal de muchos consuelos de tonto, sino que un “París sin aguacero o Venecia sin ti” no podrían quererse sin los amores que matan... Sigamos... El ceremonial matinal ha terminado en el campamento y el mismo guía ayudante, vestido de túnica, dirigiéndose a los acompañantes de los iniciados, o sea a nosotros, nos insta a retirarnos, invitándonos a unas cabañas cercanas, a las que llegaríamos en la hora de la once y para el festín. “Estamos a tiempo, el que quiera: puede volver” nos dice y entona un “adelante” que es coreado por cuanta voz humana presente. Tu madre, interrumpiendo su voto de silencio de “iniciada”, se nos acerca, sugiriéndonos que si estamos aburridos y cansados nos quedemos en las cabañas, que el periplo sigue cordillera arriba por 2 días más y que recién estarían de vuelta el domingo por la tarde. Supongamos que es miércoles. Me zafo tiernamente de su mano, aligerando el hombro y, susurrándole, le comento que lo pensaremos... Creo que debes continuar...

- Yah... ese “lo pensaremos...”, que nos transforma en cómplices de una especie de nosotros contra ella que no me agrada del todo, supone algo más que pura contingencia, algo así como malcrío entre padre e hija y viceversa... Supón que el viaje y su incorporación a este grupo místico fue tu idea... claro por la prescripción del geriatra, la gimnasia, el yoga y para que variara un poco... salir de la rutinas y

esas yerbas... no para que enloqueciera ni mucho menos... hay que darle vueltas...

¿no me has preguntado?... Se nota que poco te importo... ¿mh?

- ... cómo, no... ¿qué no te he preguntado?
- Tengo un asunto... es decir... dos asuntos a la vez... o sea un dilema... quiero hacer una cosa pero tengo un tremendo compromiso con la otra y todo es al mismo tiempo... Jose me dice que cuide y haga lo más seguro, lo que me deje tranquila... yo no sé... ¿qué me dices?
- ¿Jose... quién es Jose?... Ya sé... a mi qué me importa...
- Cierto. No tendría porque importante, en serio al menos...
- Supongo que no cumplir el compromiso te traerá graves consecuencias...
- Estás clarito... así es... es más, Jose me dice que hable con Margarite y le explique... que lo del viaje es una tremenda oportunidad y que si le cuento como son las cosas, ella va a buscar una salida, pero yo sé que eso para futuro me va costar muy caro, pues como tú sabes bien, cuando la desconfianza pare, vaya el huacho...
- Otra vez Jose... y cuál viaje...
- Que te importa...
- Más poco que nada... cierto, ... en fin... simple...
- ¿Qué es lo simple... quieres que mienta?
- O sea, claro... mentiritas grandes o chicas no existen, pero hay la que salvan... pero no mientas tú... ¿el Jose conoce a la Margarite?
- Sí, se conocen... ¿...y?

- Nada... es que estoy comprendiendo... no te preocupes si es para sacar de mentiras verdad, sorry... Dile al Jose que le diga que te enfermaste o tuviste un accidente o lo que sea, pero que sea el Jose...
- ¿yahh...?
- Es decir, no tan sólo para que la sinvergüenzura no sea tan descarada, sino para hacerlo tu cómplice, después de todo, esa es la mejor manera de manipular, en vez de estar pidiendo permiso para delinquir del modo que tienes resuelto hacerlo... Bien, bien: te apoyo.
- Pesado, como siempre no... pero GRACIAS... estamos... necesitaba un empujoncito.
- Estamos...
- Espera...
- Yahh?
- El viernes viajo a Lima...
- Yap...?
- Ya pu qué...
- ¿Vienes sola... es decir sin Jose...?
- Sip. Estoy llegando a las 11:45 PM y el congreso comienza el sábado temprano.
- De ahí somos. Lima 11:45 PM Viernes día del señor... Chau
- Chau.

Me vuelco y pareciera que un infinito de tiempo y lugar separara la experiencia, aunque siga convenciéndome de la banalidad del sentido. “Paronde” me interrogo, como

si pudiese saber -por asomo- hacia dónde pudimos haber ido, si la historia no fuese la cierta. Hace rato que soy eminentemente actual. Entiendo que la medida de lo feliz es simplemente la coincidencia de llenarme con y llenar el segundo y milímetro que vivo, y sin embargo, la alocución y los discursos, sólo me resultan hilarantes y las escenas son tan innumerables como imprecisas. Lela y su primer ratón Pérez, por ejemplo.

Desde tiempos inmemoriales la norma, no tan sólo señala, sino que redefine, cada vez, lo que representa y, sé que -como todos- me vendré alguna vez, sepultura de por medio, al recuerdo de alguien trasgrediendo el límite de la muerte; quien -por lo seguro- recuperará algunos de los capítulos que compartió conmigo, a su manera. Yo ni siquiera tengo la experiencia de mis modos con Lela gateando, por ejemplo, o arrancando de mí, con el atizador de la chimenea en las manos, por la sala. Nada de lo que aquí está diciéndose o haciéndose merece y, sin embargo, refiero, como si la ilusión de hechos los posicionara y me explicaran en algún sentido la brutalidad de su totalizante ausencia. He querido, muchas veces, poder creer en algo y desdoblarme para acceder a los códigos de alguna fe, confluír -sin trasgresiones de ninguna especie- en el curso de algún plan benévolo que revela y propicia placeres sublimes, en los que cada sujeto de antes, ahora y después, no dejará -jamás- que se autolimiten sus actos en efímeros golpes de emociones pasajeras. ¡Que anhelo de hallarme en esa mi fe para donarme en sacrificio y expiarme de culpas! Pero, pobres de los que creen, pues no saben que, en rigor, nunca han llenado ni se han llenado de nada ni nadie y, solitos se han perdido la oportunidad de reconocerse en la prontitud de la euforia, aunque sólo componga vivencias vacías de falso hedonismo;

torpes, pues no entienden que la multiplicación de los episodios felices no hacen su felicidad, sino que es en la justa dimensión de cada momento donde descansan los placeres más simples y; sobre todo, crédulos, pues no podrán modificar el modo propio de pensar y dejarse modificar si, solamente, perseveran en superar el terror que provoca lo desconocido, o trocando por credo las tentaciones, eso es imposible, como también lo es, ir traicionando -cada vez- la propia historia para adecuarnos a la promesa de una recompensa que, alguna vez, debiera venir: única manera de asimilar, en pleno, la culpa y el perdón.

No fuimos, jamás lo fuimos, padre e hija, familia de cumpleaños y navidades felices. Nos encontramos siendo ambos adultos y, sin embargo, me surge el apremio de simularnos. Quizás todo lo que hemos escrito juntos se reduce a nada más que eso y, constituimos la reconstrucción de una historia. Ni yo me lo creo y mucho menos ella. Pronto volveremos a vernos y tendremos cortas horas entre la madrugada y su congreso. Quisiera llevarle un regalo que no tan sólo la sorprenda si no que la encante, que la lance por la maravilla y la deje ahí por mucho tiempo, sobre todo ahora que le viene la crisis del éxito y el fracaso, cuando bordeamos los treinta y tantos. Mis infinitas descripciones de su imagen en mí ya se han hecho cotidianas. La performance del aeropuerto de Buenos Aires fue espectacular, todo un triunfo, con televisoras por doquier cubriéndonos y expuestos a cuantos blogueros de la web comentándonos. Ahora debieran venir los silencios, que sean ellos los que la muestren en la plenitud de su nombre: iluminada.

Con Lela tengo el privilegio de decir que sólo no le he consentido en dos cosas: cuando me pidió que le escribiera sortilegios a su madre, capaces de trocar las auto-recriminaciones que construyeron su amargura y tristezas: disparates sobre sí misma, culpabilidades tendenciosas de la desconfianza al género humano en su totalidad, juicios - sin piedad- a la crianza y su cría, en fin, su muerte en vida o ilusión de Penélope en el banco en el andén. Por esos nuestros primeros días, logré esquivarla con “tú no eres quien yo espero...” de la célebre canción catalana y, en efecto, nunca más hablamos del tema. La otra petición fue también un mandato de inspiración, uno de los pocos motivos que justifican la existencia de una novela que se precie, es decir, que le escribiera el paralelo de mi vida durante su crecimiento, como si necesitara saberse en cada segundo de mi existencia. No le negué ese derecho, simplemente no lo escribí. Por cierto, ese riquísimo intercambio epistolar del chat, que la más de las veces se ha perdido en el aire cibernético, me sirvió, hasta hoy mismo, para impedirme tamaño recorrido, pues hacía falta una razón más inmediata que sustancial, más del comercio que de ontología, más impulso que sentido. Tengo 7 días antes de Lima y aunque podría transformarse en un fiasco tamaña empresa, tal vez ha llegado la hora, so pretexto de la urgencia del regalo, impulsar el embrujo de nuestras vidas separadamente unas y reunidamente paralelas.

Claro que lo que se vuelca en aclamatoria, a la eternidad toma por sorpresa y, engaños de por medio, a la libertad lograda, o al sueño de libertad logrado, se le encienden todas las alertas y se alertan todos sus peligros. Ya, de alguna manera, he intentado plantearlo: la felicidad no constituye definiciones absolutas, teleológicamente

justificadas, pues aunque quisiéramos, ninguna meta puede ser lo suficientemente motivadora como para resolernos hacia ella, lanzados como flecha “al corazón del cielo”. La inmediatez, por el contrario, es la verdadera encantadora de serpientes que, en su desparramo, engullen lo que les venga, sin la obligación ridícula de dirigirse a alguna parte y, sin el absurdo de siembras, cosechas y graneros que, lo único que hacen, es hacernos creer que -así la vida- tiene algún sentido. Son los momentos los que alguna felicidad nos brindan, cuya duración permite componernos, justamente por eso, pues empiezan y terminan; más largos unos, más cortos otros, pero -sobremanera- los que queremos sean eternos e ilimitados.

“Tu bello momento Malena, o cómo quieras que te llames, atrás irás dejando las condiciones y concesiones que tatuaron nuestras almas y permitieron que se aturdieran las excitaciones, los vuelos; Madre Malena que, como ninguna, canta el tango...”

Asechaba el fin de año y las convulsiones de Santiago copaban las existencias individuales, los esfuerzos y desempeños, el trabajo diario, las expectativas, todo cuanto pudiera importar a cualquiera, cayeron en la indefinición. Eran tiempos de revueltas, jóvenes eufóricos -extrañamente convencidos- que podían cambiar el rumbo. Parecía que hasta la política abría un paréntesis en su rutina y sicario oficio; si hasta los discursos más reaccionarios se festivalizaban con idearios de la transformación. Singular era, por ejemplo, escuchar que se había “degradado al político”, como si en algún minuto de la

historia hubiesen comportado alguna loable labor en esta rarísima forma que tenemos de vivir en sociedad. Eran comunes apelaciones como "...la labor del político no es estar en la revuelta, eso es para los jóvenes, sino reunirse y encontrar solución a las demandas...", como si Alejandro Magno, su homónimo Carlos, San Martín y O'higgins, hubiesen alcanzado el poder desde viejos. Pero, también resultaba patético que algunos apelaran a la calle como imperativo del reencuentro entre los que dirigen y los dirigidos. Como suele ocurrir, en cualquier tiempo de revueltas, la política se niega a entender que ella es el enemigo; aunque, capaz que lo sepa tan bien que, precisamente, en hacerse el desentendido consista su estrategia milenaria del poder, así como el perro tozudo que se queda cuando lo echan porque sabe que siempre algo se cae de la parrilla. Fue en tiempos similares, medio siglo por detrás, cuando asomando mi mirada al Aconcagua en dirección desconocida, entiendo que, sólo borrándolas de mi contingencia, continúo mi indefinido sendero: imprescindibles muertos del camino. Mérito suficiente ha de haber existido, aunque no lo recuerdo del todo. Tópicos comunes como la revolución y la seguridad los contextualizan, pero dichos así, parecen excusas baratas del evidente abandono. "...de fuego y de nieve... son tus ojitos mi hija..." versa la canción con la que me consolaba y, así, el luto se tornaba un poco más dulce, para engañar a esa mente que -vanamente- decía preocuparse por las "mamas flojas", el kilo de pan, las tos convulsiva, el pecho obstruido, el frío de los inviernos, las papillas de pana. No estaba, no estuve, no fui. Peor o mejor, según se le mire, en el mismísimo París, mi paladar iniciaba sus deleites con mi primer chardonnay junto a Emilie. No sé, hasta el día de hoy, a quién, si a la mujer o al vino, debo esa conjunción de madurez y acidez, entre acarameladas piñas y mantecosos pomelos;

intensamente suave. Lo de Emilie fue más episodio que momento, en cuyo aprendizaje mi “inteligencia sintiente” logró componer todos esos elementos jutreros y siúticos que para siempre me impidieron cruzar tenedor y cuchillo sobre el plato o dejar de lavarme las manos después de orinar. Le reconozco -cada vez- en la voz de la Callas, no porque ella cantara, sino porque me impulsó en esa mirada trágica de Domingo en el “Nessun dorma... All'alba vincerò!, vinceròooooo! Viiiiiiiiin ceeeee ròooo!” que, perfectamente convive -al segundo después- con la carcajada delirante de jachis después del café. Ella me fue elemental en mis primeros pasos por el viejo continente, pues además de promover mis labores de “maestro chasquilla” entre sus conocidos, permitió la entrada a una elite donde la sola estampa de “sudamericano” constituía un privilegio; eran las herencias de “Rayuela” y la “Canción Desespera” que hacían de “Macando” un mundo paradisiacamente anhelado. Ser sudamericano resultaba aparecer como objeto de colección que no sólo se mostraba en cenas y encuentros bohemios, sino que tenía su sitio mayor en la almohada de alguna alcoba. Por lo mismo, no tuvo que pasar mucho para que Emilie se descompusiera con mis reiterados trasnoches y borracheras y terminara por echarme de su departamento. Debo haber vuelto tres o cuatro veces, rogándole asilo a mi soledad, hasta que en la cuarta o quinta, según corresponda, comprendí que su puerta se había cerrado por dentro y para siempre. Hace poco tiempo atrás, me enteré que se había casado con un político de izquierda, ministro o senador, que continuaba con sus charlas de literatura latinoamericana y que había montado una obra de teatro sin mayor trascendencia, obviamente apartada de la tertulia y las muecas del espanto.

Diferente, desde la obviedad, ausentaba la Pirámide de Leoh Ming Pei frente al Louvre, aunque la Venus y la Gioconda permanezcan intactas en su cometido de justificar la apropiación indebida, que celebramos, por parte de la Europa dominante. Las texturas se agradecen, el bosquejo de sepias contra sepias de marrones y blanco, lujuriosos, que sitúan al maestro de piano espiando el escote de su alumna, cortejo con que Fragonard transforma ébanos y marfiles en invitación de sábanas. La vanagloria se agradece entre tantos autorretratos que pasillan y pasillan, sobremanera en el entorno sombrío con que el viejo Rembrandt hace notar su gorro de pintor y sus pinceles como sus arrugas y orejas y nariz enormes y decadentes. Vacío impío del grisáceo dominio con satíricas lilas y rosas de mujer sin pubis o cubierta hasta el hartajo por paños negros y blancos con que el mismísimo Goya immortaliza a la vasca del Carpio, acaso virgen o, lisa y llanamente, impoluta. Sin ánimo de entrometerme y, en esa tendencia natural de proyectarnos en otros, veo al Jose de mi Lela en situación parecida. Lo imagino mozanbique, por lo africano y por lo mozo; tercermundista de una Francia menos tolerante que la mía con esa Violeta en el Olimpia. Aunque festeje los abortos, eutanasias y derechos sexuales del tipo que se prefiera, es inmoral en su apartacionismos contra negros y árabes. Mi Lela se me empata con Emilie y me congojo al sólo imaginarme las penas que le ensarta ese inmundo oscuro que la corteja; sobreviviente subdesarrollado en la Europa neocapitalista. Se sumergen actualidad, personajes, lo vivido y lo no vivido. Aparecen sensaciones, creídas perdidas, como los recuerdos que embargan la vida de los viejos.

- ¿Lela...?

Lela no responde, pero continuó...

- He estado pensándolo... hay apreciaciones que no concuerdan del todo. Entiendo que el viernes nos veremos, pero sería un desperdicio que usáramos esos pobres minutos en acotarnos... La familia es un concepto que no comprendo muy bien e imaginarnos con tu madre, en un trío unitario, me arroja cuestiones que me son desconocidas y, en serio, me cuesta burlarme así como así de la vida de tantos y tantas que han optado por ese formato de casa, árbol y almuerzos del domingo. Supongamos que es real, que tu madre, tú y yo existimos, como también lo hacen Kelita, Justino, Rosario, Raquel y el guía ayudante... Me imagino esa tu madre en la academia, médico psiquiatra, joposicionista! de diagnóstico y ad portas de su "transformación trascendental". En aquella jornada me descompongo, so reiterados intentos -en complicidad contigo- de reírnos un poco más de las circunstancias. Para ser sinceros, salvo los presentimientos armados del insomnio y fríos precedentes, resultaba difícil tomar en serio los rituales. Eran sino charlanatería que invitaba al "desprendimiento de las ataduras de la existencia"; una incitación a abandonar un estilo de vida relativamente exitoso, con casa, segunda casa, viajes, familia y navidades. Treinta años de matrimonio y una carrera de altos reconocimientos, publicaciones y descubrimientos que impactaron en la salud pública de todo el país y en otras tantas familias agradecidas por su ayuda. Me resultaba incomprensible. Hace rato que nuestros temas sexuales habían pasado a segundos y terceros planos, pero nuestras conversaciones y coincidencias en materias de contingencias, estudios, visiones, misiones y juicios tenían una

armonía envidiable durante los veranos en la laguna de nuestro campito en Aculeo y en el abrigo de nuestra chimenea de nuestra casa... He tenido, oportunamente, la sabiduría del “ya fue” de muchos de mis momentos y, por alguna gracia, me he desprendido de ellos alcanzando libertades maravillosas, sin confundirme entre los amores que he sentido, sin la conciencia de sus inexistencias, con su único e inevitable dolor, paradójicamente, como el de Malena y su bandoneón... Hace decenios que el personaje de mí había comprendido que “actualidad” es el desenvolvimiento de varios momentos que no han llegado a su fin y, esta rarísima expedición, en la que iba con las únicas dos personas que, verdaderamente, he amado, no debía ser más que un simple episodio y, bajo ningún respecto, el fin de la historia. Esa mañana y tarde pasaron entre frutos secos, agua y el café que me preparaste. Me recomendabas que fumara menos, que me cansaría pronto. Llegamos al fin: una pequeña laguna, cabañas; acogedor. Luego otro ritual, piedras, fuego, proesas y silencio hasta el final del ocaso y yo, enfermo de palabras. Malena, tu madre, que no me había mirado en todo el camino, se me acercó para darme un abrazo, con sus manos blandas en mi espalda, como si hubiese alcanzado algún tipo de paz; una suerte de trance al más allá. Levantó mi mentón, me besó los labios por un breve instante e, inmediatamente, la frente. Luego, me soltó y dirigiéndose al círculo de piedras, al fuego, a todos y a la nada, tarareo, a capela, “Adiós Nonino”. Llevada de la mano y con los ojos cerrados, fue investida con cintas amarillas, me miraste y nos tentamos a reír, pero callamos. “Malena, ahora tu nombre honrará a los abuelos,

serás madre y esposa” declamaba el guía mayor. Volviste a mirarme, ya sin tentación de nada; acaso reflejando la perplejidad que yo no tenía. Abruptamente rompiste el absurdo círculo y corriste a ninguna parte. Te seguí. -No entiendo, qué está pasando, qué se creen estos farsantes y por qué ella se presta...- me dices y no sé qué hacer.

- Mh... ¿café?... Ah... Mi... yo...
- Seguramente ella sabía...y no me dijo... por eso es... ahora entiendo... me rogó que te convenciera... que no vinieras... ella lo sabía... Sí.
- ¿Mh... azúcar... Mi... Ah... te rogó...?
- Ay no te hagai querí... Síii... te dije Papá...
- Mh, claro, me lo dijiste... sólo... una... dos de azúcar?
- Tres... sabí que son tres... por qué ella es... es así
- ¿Mh ... tu madre...? Malena..., cariñito... ella lo necesita.
- Por qué... para qué... qué se volvió loca... y nosotros... o sea tú... yo...
- Como siempre, igual que siempre, ¿vamos?
- No quiero. Quiero mi casita... mi camita... mi mamita... para qué vinimos...
- Ella nos necesita... vamos... que está por terminar y traje un vino que es... ufi ufi ufi... disfrutémoslo. ¿ya? ... Tonita
- Toni tú
- Tonina
- Nono
- Nonina tú

- Nonino
- Adiós Nonino... vamos...

El presente son luces, entre Lela y yo, luces de París, de su nombre, del firmamento; recuerdos que se encargan en su virtud y por mis defectos. Las luces que mis aires difuminan me están mirando y mis extremidades se duermen, siniestras partes de mi ahogo me asustan: avisos dialogantes que impulsan este nuevo párrafo que se niega; posibilidad última de las voz en el grito, en definitiva, canto puro como mi nombre traducido. Así es este dicto inconsciente de la noche que se avecina: necesidad pura necesidad; esencias volcadas para descubrirlo todo de una vez, llevándome donde quiero, donde siempre quiero; al jardín de sueños y suspiros, de breves ronquidos, de diminutas bocas y labios y un cabello que abriga mis manos, de un beso y de todos los besos juntos, como cuando quiero, como cuando aparecen las escenas más representativas de un inicio, como este momento en que parto separándome, escindiéndome, dividiéndome, desdoblándome hacia el lugar que mis manos tocan, que mis otras bocas besan. Así devengo sin huesos ni carne, sin alma, sin sangre, sólo solo, pero libre, libre de todo y libre de nada, pero libre. ¿De qué me ha servido esta libertad?

- Papá... estupendo... me gustó... va tomando cuerpo... y fue fácil... así que el viernes somos de Lima... sé que debes estar durmiendo, así que te continúo... me parece un tremendo esfuerzo imaginarnos como “familia feliz en crisis”, pero no por ello

deja de ser atractivo sumar los egoísmos, tuyos, míos, de Malena, mi madre... Super... y claro sería una lata que habláramos de esto en el Perú... Supón que, con el ocaso, bajaban suaves las aguas que distinguíamos gracias a sus ecos en los farellones. Supón que un ruido de lejos estropeaba el concierto de la incipiente nueva noche. Tambores, sonidos, evidentemente humanos, interrumpían el deleite del viento que contrastaba con el crepitar de la salamandra en la pequeña cabaña. Anhelaba esfumarme entre el humo, confundirme con el aire a la altura del río y compartirme con las piedras, continuarme en su arritmia lo más lejos posible de mis latidos; susurrarme de cantos; beberme del arroyo; asimilándome con la arena, toserme hasta el escupo; voltearme y mirar de reojo los éticos bailes de ciudadanos “engrupidos”; reírme al punto del placer que, a la vez, toca la piel y las estrellas; empujarme en la orilla para abrir las nubes que preludian la nieve y; entre juegos, derretirme con ella y el barro... Volvimos al ceremonial y otras tantas iniciadas habían cambiado sus ropas por túnicas blancas y cintas amarillas, símbolos de los que ya no disfrutaba nada. Ninguna de tus mejores muecas ni malos chistes lograban arrancarme la mínima sonrisa, hasta que la caravana de tambores llegó con un lote de jóvenes que, evidentemente, me cambiaron la postura y el ánimo: “famme fatal a la carga”. El festín comenzaba y descorchas, sólo para ti, el vino blanco que habías dejado enfriando en la cabaña: pequeña, rústica, “ecológica”, pero tenía un refrigerador y la bendita electricidad donde podía cargar tu GPS y el Notebook. Te sirves una copa, enciendes el computador, revisas las noticias, contestas los correos, deambulas por la web, te sirves otra

copa, se te cae la copa, te ríes sólo. Entre modorra y borrachera bebes de la botella. Sientes que, en un sólo sentido, no estás en la urbe, pues estábamos en la cordillera. Habías pensado en la botella para compartirla en familia, conmigo y Malena, sobre todo con Malena, pero ella y yo estábamos en otra... De lejos me observas bailar y reír, de lejos la observas bailar y tú, tú bebes sólo... Al rato vuelvo, ambos un poco borrachos, me preguntas por cómo me fue y te respondo “mejor”

- Mejor que qué...
- Que todo... simpáticos, ¿juguemos?
- Empieza tú.
- Mesa, tasas, café: un mediodía estival
- después de abrir la puerta de calle y haberles encontrado sentados e inertes...
- Parra están sentado en el sofá de la sala.
- Otros tantos en las sillas del comedor...
- El olor cada vez se hace más putrefacto y el televisor está encendido transmitiendo un desfile.
- El teléfono sin saldo, la policía a 5 km., el auto en pana.
- Salgo, dejo la puerta entreabierta y corro, calle abajo, buscando ayuda.
- Nadie anda en las calles, las tiendas están cerradas ...
- y, de muy lejos, se oyen tambores...
- pero nadie está cerca...

- Intento... persigo el ruido, pero los ecos vienen por todas partes... sigo corriendo, y no encuentro a nadie.
 - Nadie, nadie, nadie
 - Te gané
 - Por qué
 - Ah... si te gané
 - Bueno, me ganaste
 - Nada de bueno, bueno; te gané y me dio tutito
 - Un besito
 - Buenas noches
 - Mh... pero Sebastiano te observa desde su ventana...
 - Mh... no sé... ya no me gustó... ¿Cántame, ya?
-
- Recuerdas la canción que me enseñaste, esa que supuestamente te inspiré... Al final, nunca me la enviaste... en fin... debo salir... escíbeme mañana, quiero saber que pasa... dale... está entretenido... un beso... chau.

Quise a la verdad del tiempo...

Esperé por su susurro

Tuve en mi mesa dos copas llenas de un viejo vino para brindarle

Con ocasión de gratitud mi lealtad

Penetré en su arrullo
Supe de un ave que en el río nada contra corrientes
Para salvar, con ímpetu, su dignidad

Me rendí a su murmullo
Y acariciado por mi almohada una noche fría de invierno
Le entregué mi libertad

Le conspiré y, en sus diluvios
Supe de su boca la forma en que la mía alcanzaría,
Entre sus penas, mi gloria

Puse entre notas cuánto sabía y a cuántos a la luz de la luna
Les he empeñado mi alma... les he empeñado mi muerte

Versaba así aquella, la canción de Lela. Me resulta especial leer en su chat ese “cántame ya”.

- Lela, imagino que, ahora, la que duerme eres tú... lo de la canción que vaya a los misterios para después... Supongamos que te habías quedado dormida, plácida y antes de que terminara de cantarte una canción de cuna, la misma con que te

dormías de guagua, de niña... una verdadera canción de arrullo, te contemplo, dulce como eres en esta historia. Me interroga un poco que hayas resuelto incorporar nuestros “cuento de a dos” y que del “copy-paste” nos compusieras como papá e hija. Ya está y me parece bien, aunque -quizás- merece alguna explicación. Me imagino que el juego de los cuentos como la canción de arrullo, son propiedad, desde siempre, del tú que se nos asoma en esta historia, desde antes que aprendieras a hablar... Se trataría de un hábito de cuna con Malena tu madre, que se instauró entre tú y yo desde tus diez años, en las tardes de invierno... Pero acotarlos como lo hacemos nosotros, entre perder o ganar, en conformidad con las severas reglas que acordáramos en la tercera oportunidad que nos chateamos, me resulta un desnudo peligroso que deja en evidencia nuestros métodos y, sobre todo, nuestro retorcido intelectualismo... Quisiera que aquí desaparecieran las reglas. Si estás de acuerdo, entonces, el “perdiste” de tu personaje obedece a nada y todo, a las meras ganas de ganar, a la regla que se inventa para la ocasión y no para la eternidad: gana, en definitiva la ternura, el sueño, la caricia, el beso... En ese cuento, recuerdo que terminaste por imponer el vértigo como herramienta: “no encontrar a nadie a quien pedir ayuda”... Sebastiano se llamaba el muchacho que, finalmente, te socorre. Logro visualizarte corriendo, asustada, ansiosa, como también veo, claramente, al funcionario municipal del pequeño pueblo desértico que subsistía a la gracia de una automatizada y hermética central eléctrica, de la que dependían millares de procesos industriales del globo. La localidad más cercana distaba a una cantidad

determinada de kilómetros, algo como 100 y la central estaba a una altura sobre la hipotermia y, evidentemente, sobre el pueblo, como para hacer suponer a los posibles lectores que se está frente a la amenaza de una explosión que lo destruiría todo, pero así no era y, aunque así llegase a ser, sería insustancial a la historia. La labor específica de Sebastiano era velar para que el suministro de agua de las diversas casas, plazas, edificios y tiendas comerciales fuera usado en las cuotas rigurosamente establecidas, cuyo proceso de validación cruzaba el número de circulación al cuadrado por persona, metro cúbico y, por ratio de asignación y reasignación pendiente, de modo de evitar repeticiones en un lapso exacto. Se trataba de 37 horas, 28 minutos y 19 segundos, si no me equivoco... ¿así era, no... tienes copia de este cuento, no...?, sino pucha que buena memoria, y después de todo, por algo, la genética es la reina indiscutida... El muchacho jamás se había interrogado por si la razón de asignación era justa o no, pero al conocerte, se lo discutiste, el calló y bajo su cabeza, como implorándote un que no, tan profundamente desgarrador, que parecía como un ruego de que te fueras para no tener que sufrir con la amenaza permanente de tu irte... Claramente, entonces recién nos situábamos en nuestras generosas concesiones, a objeto de hacer plausible nuestra incipiente relación de padre e hija a los 30 tuyos... ambos exigimos negarle heroísmo a la historia e, insistentes y majaderos, agotamos hasta el último recursos para vaciarla al máximo, mediante una prosa y diálogos sin proceso ni transformaciones, lo más planos posible, libre de alegorías y evocaciones comunes; un pacto que colocara convocatorias seductoras en el

genocidio o suicidio colectivo de nombres propios que a nadie le importan, personajes que simulaban personas sin más contexto que ellos mismos y entre ellos mismos, sin deudos, sin herencias, pero enteramente humanos, como todos los humanos. Así como nosotros, tú y yo, fuera y dentro de todo, importados de ambos y exportados sólo para que la realidad nos corrija y ampare de la locura. Por ello, el esfuerzo fue prolijo, al punto, de centrarnos en la verosimilitud. Fue, sin dudas, nuestro primer desafío en serio, tú con infinidad de herramientas cultivadas entre la estructurada semiología clínica y los disparates relativistas del encantador Eco y, yo con mi autodidáctica de reparador de muebles y traductor no oficial y de ocasión de textos latinos y griegos para los ensayos de desconstrucción de tú sabes quién, dedicado, últimamente, al lobby político y empresarial, altamente rentable. Prohibimos el uso de verbos insinuados como revelación, rebelión y heroísmo. Finalmente, el relato se impuso con maestría: lo único que importaría al cuento, sería un salvador cuya misión, de racionalizar el flujo de agua potable, habría de perturbarse por tú sola existencia... Genial, exclamamos ambos y fuimos dando con el contenido en una prisa inusual, la computadora de Sebastiano indicaría que, cada usuario tendría un lapso para presentarle al sistema consideraciones y reconsideraciones de modo que, si el afectado no las presentaba sería sancionado. El indicador era el proceso de validación e inicio mejorado semi-automático "F0+", que había venido a remplazar el "F0" (cien por ciento automatizado), pues presentaba errores de defecto de velocidad entre ordenadores de usuarios y el central. El costo de actualización resultaba inconveniente, por lo que se resuelve el

nombramiento de un funcionario de reasignación. La sanción era sencilla, corte de suministro por un año, tiempo suficiente para que el o los usuarios fuesen cancelados del sistema y, con ello, las evidentes consecuencias. Sebastiano estaba orgulloso con su oficio, nadie más que él podía mostrar promedios óptimos de reasignación y cancelaciones por sanción... Sólo nos faltaba el desenlace de la historia, pues sin darnos cuenta, entre tus madrugadas y las mías, supimos establecer la irrelevancia de los nombres propios a merced de un sofisticado sistema en toda su literalidad, ya porque capacitaba la acción humana y le daba su propia moral, ya porque representaba con holgura la partérica invocación platónica... Nada podía alterar los procesos y el perfil de Sebastiano había sido escogido en perfección del cargo. Él no dudaría de la eficacia y de la eficiencia y, mucho menos se preguntaría por las consecuencias de vivir un año sin suministro. No tan sólo ese no era su problema, sino que ni -por asomo- se le podría ocurrir. Su conformidad lo presentaba como el mejor reasignador de flujos. Con su gestión, las cifras referían "pleno empleo" de reasignación de varianza, pues -hace rato- que venían mostrando menos de 2 dígitos constantes. Sebastiano estaba satisfecho hasta que se le ocurrió asomarse a la ventana y verte, sola y desolada... Establecimos que tu llegada fue en esa carrera de auxilio por los cuerpos muertos en lo de Parra, pero no fuimos capaces de establecer el por qué de tu sobrevivencia, no tuvimos ni tiempos ni ganas y, es indecoroso, por lo bajo, pretender ahora contextualizarlo. Supongo que fue el dato mágico que permitió resolver el cuento en el encuentro tuyo con el funcionario. De Parra y todos los

demás muertos quedaba relatar una breve nota de angustias, esperanzas, desesperanzas y resignación que, ni tú ni yo hubiésemos podido construir. Entonces, absolutamente cómplices, recusamos hacia la referencia y Parra y demases compusieron un capítulo de lo pretextual, repleto de heroísmos fallidos que hicieron, todo lo posible, por jaquear un sistema inmutable que ellos mismos creían, para remate, inmutable. Si hubiesen sabido del cambio de F0 a F0+, sus vidas hubiesen quedado inalteradas, pero no, pues para eso hubiesen necesitado reconocerse en el sistema mientras estuvieron en él; cosa que -por cierto- lógicamente era imposible, ya que habíamos agotado todos los recursos de la argumentación para impedirles que pudieran cuestionarse el sistema desde dentro... Discúlpame la extensión y no haber vuelto sobre el vino y la cabaña del Cajón del Maipo, eso queda para ti, yo ya estoy agotado... Quiero que sepas que al releer lo escrito, caí en la cuenta de un nosotros evolucionados, no digo superiores ni mejores, digo salidos de una maldita convicción o maldición racional, de juego de apariencias que rebuscamos en la lírica la brutalidad que no posee, vanamente prosaicos... Supongo que el sueño y el traspase me alteran el discursos, pero quiero que sepas que de entre los mundos posibles y sidos hay uno, uno al menos, que parece volver o parece llegar de nuevo... tiene que ver con la pregunta, con el cuestionamiento del porque sí, de muchachos y muchachas, de niños que no quieren respuestas, sino que quieren otra cosa, otro modo de vivir, que el vivir que se les ha dado es, para ellos, asqueroso, tan putrefacto como la perfección... ¿me sigues...? Pienso que si hubiésemos alterado la rutina de ese pueblo con tu

encuentro con Sebastiano y no hubiésemos dejado la historia hasta allí, quizás, por fin, la poesía hubiese tenido lugar. Esos simples delincuentes pasados de listo, se hubiesen convertido en parteros de un nuevo rumbo. Si hubiésemos puesto en el gen recesivo el elemento central de la creatividad, ese que únicamente aparece cuando no tenemos ningún privilegio que defender. Después de todo, ese sistema no era tan impenetrable, la sola presencia de Sebastiano la fundamos en un error de varianza y, aunque él discursara que las sanciones y sus consecuentes cancelatorias correspondían a una necesidad intrínseca del sistema, sin duda que en vez de que hubiese sido la casualidad quien te puso en su ventana, hubiésemos tenido a un heroico Parra liderando una libertaria estrategia. Así Parra o cualquier otro hubiese descubierto la manera de burlar el sistema, sin que nadie se diera cuenta, todo gracias a tu complicidad salvadora... Tengo mucho tuto... pero quiero decirte algo que no se atreve... te quiero mucho y mi amor está compuesto de infinitas dimensiones... sé que una de ellas quiere decirte algo... Bueno Lena... por ahí seguimos... Besos.

-Papá, duerme...- dices, -Mh jh...- respondo... -Ya puh...- dices, -Bueno jh...- respondo, - Nada de bueno...- dices, -Mh jh- vuelvo a decir, -Nada de mh jh...- sancionas, -Yap... Sí... Sí- acato y me fui durmiendo.

Entre mis miserias de personaje y persona no cabe Malena como madre de Lela y de esto estoy plenamente consciente. Hemos realizado un empate entre la recientemente

titulada doctora en semiología clínica, Raquel Elena González K. (Lela) y Malena, que reniega hasta de su ciencia, iniciándose en un ritual chanta. Mi gesto seductor oculta desalmes, furia y peores cosas. En porfía abierta, estoy provocando que el cause vaya fluyendo para que el aire en nadie entre. Izo el presente y arreo el dolor y todos los dolores posibles para construir la ilusión de un paisaje marital y paternal y maternal que se va al resumidero por defecto de la más víctima de las víctimas. Una nueva ilusión surge, esa inmoral conciencia de que si no hubiese sido yo, tarde o temprano, ella hubiese optado por el quiebre para liberarse, incluso de sus soportes más altos, la fe entre la fe, la gaya ciencia que deposita en el ADN las conclusiones deterministas de la historia propia y del que se quiera. Se vienen los derroches, la albacea, el consuelo, las almas, los cuerpos. Espectan la euforia y el no-saber, se vienen con el Raco cuesta abajo, Malena y otros mitos como el de gato y perro en el jardín, se vienen bailarinas como la Duncan y, entre nogales y eucaliptos, entre sirenas y guitarra, entre chimenea alimentada de parra centenaria, se viene una nuestra casa, la que nunca, la que ahora, entre porfías y miserias justificadas, pues no podría ser de otro modo. De otro modo, sería la existencia en espera permanente por expresarse a luz de la luna; carcomiéndose como los dientes con los años, inevitablemente.

A Lela y en ella debo una construcción de lo sido que le entere lo que no tuvo y, a mí mismo, debo la crueldad de la verdad y su asunción. Al pasar el día de ayer y de antes de ayer, la conexión, web mediante, estuvo interrumpida. Ningún correo, ninguna conversación. Apareció un silencio demencial que me llevó a creer que ni ella pertenecía.

Fue sólo un diminuto instante, pero suficiente para revisar todas sus cartas en comprobación de su existencia. Allí, cada texto era elocuente de sus formas, de sus días, su plena presencia. Nada podía indicarme que pudiese pertenecer al bosque de los delirios y alucinaciones. Ella, mi Lela es hija de su Kelita, la bailarina de bultos traslucidos en su vestido de tul azul en el San Martín de Buenos Aires, levantando el busto para mi deleite de la mismísima obertura del “Sobre Héroe y Tumbas” del obsesionado Piazzolla; ese enemigo y amante del tango; expresión trasandina de una revolución creciente de amerindios, pero en comparsas sin farolito, en tiempos que todo parecía ir cambiado y, donde la fe estaba puesta en un que, a pesar de ellos -los dinosaurios-, seguiríamos adelante. Nuestro romance cumplía de una fe lanzada, con fuego, al espacio para conquistarlo, de compañeros y compañeras con puño en alto, abrazados al carro de los tiempos, impulsados por la naturaleza de una materia, que negada a sus límites empíricos, rompía las estructuras dominantes de las clases, asimilándonos a todos en un mismo y único viento. Por cierto y un poco menos arrebatado, sólo con el Partido de por medio hubiese podido salir de mi calle, mi morro y mi playa, de la vecina del frente que me tuvo de amores con sólo 10 centavos. Allí la imaginación también compuso posibles sin historia, pero esa anterioridad es demasiado amplia como para intentar corregirla. Mi padre, mi madre, por ahí, mis hermanos y nada más. La maravilla mía de haber llegado a Santiago, primero en la travesía de dos días y medio por el desierto en todas sus formas y, de haber estado en el San Martín, viéndola bailar el tango como ninguna y, después de eso, el resumen del pasado al golpe de un flash sobre mi rostro y el de mi Charo,

inmortalizando el asenso arribista de pobre que abandona la pobreza por la fuerza de una madre: la mía.

- ¿estás ahí...? He tenido mucho trabajo... por lo del viaje... te leí, pero no tuve fuerzas... perdona... Que no estés sería mejor... así que si lo estás, hazte el desentendido... no tengo ánimo para parlotear... siento que debiera ir a dormir, pero en fin... no se te vaya ocurrir que desaparecí o que no existo... sé que loco no estás, pero una nunca sabe... ya ves que estoy viendo locura por doquier... defecto o inversión... como te diste cuenta, incorporé aquel diálogo del Sistema de Sebastiano para que, en la relación de nuestros personajes de la familia feliz, hubiera algo más que nosotros, una especie de pie forzado y, aunque te quedaste pegado, me resulta imprescindible que intentemos algo diferente en esta novela... quizás reposicionarnos. Siento que andamos en la misma dirección... y creo que, pese a que he estado trabajando de lleno en mi exposición para el congreso en Lima, he ido dando vueltas descriptivas en la mayoría de nuestros personajes, con excepción de la anciana y su Justino... dispénsame tanta incoherencia, te reitero que el cansancio me supera, pero lo que quiero pedirte es que, con el documento que te adjunto, base de mi exposición, nos caracterices literariamente... Se trata de una especie de "neoplasia" de la esquizofrenia... Häfner la ha ido desarrollando con excelentes avances, algunos se atreven a hablar de mejoría de la enfermedad con ocurrencia de intervención farmacológica oportuna y psicoterapia preventiva. Realmente sorprendente, revísalo y me cuentas... Para tu encanto, es como si

hubiesen aparecido pruebas concretas en favor de las desquiciadas advertencias de Huxley y su "Soma" prefaciando a Krishnamurti... ¿recuerdas?... El problema fundamental, primero y final es la relación del hombre con los dos mundos en que vive: su totalidad psicofísica está inmersa en el mundo de los hechos y en el mundo de los símbolos... es decir una solución sin sistemas, porque todo sistema envuelve la tentación de exagerar el valor de los símbolos, de dar más importancia a las palabras que a las realidades... el diagnóstico y el tratamiento de los propios males se desenvuelve directamente en un mismo lugar: en la experiencia propia, única e intransferible... Bueno padre, ahí va lo de Häfner... que te sea provechoso... y veamos que sale... en una de esa para el viernes tenemos novela... y sí... también te quiero.

Es curioso como las labores se van acotando, como la exigencia del contexto y de las propias palabras presionan por espacios concretos y asibles. Reconozco que la tendencia de estos relatos ha ido cerrando posibilidades e impidiendo contextos a lo que me fuerza Lela. Entiendo que debo ocuparme de los antecedentes inmediatos de cada personaje.

- Lela, he estado presente todo el rato y leyendo lo que ibas diciendo, tu cansancio es notorio y la de desquicios parecees tú... no me resulta nada fácil ir entrando con esa nomenclatura que, me imagino, les debe acomodar a tus colegas, sin embargo, creo que es meritorio que todos los presentes en la historia, con excepción de la

Kelita y Justino, respondan a semejantes cuadros de la locura y que uno de los personajes, inadvertidamente, haya tenido un lunático episodio hace 5 meses... Esto, nos obliga a un breve capítulo que justifique la existencia de los cajoninos como relativos de cordura en la simpleza de quererse, no carentes de miedos pero no sometidos a los mismos... ¿te parece?... Tengo que salir... tengo una breve idea... pero la iré madurando camino al banco y al centro, en el café me junto con Vidal, ese profesor tuyo, amigo mío de los tiempos de... bueno... te amo... ¿DUI y DUP... locura no tratada y periodo de locura sin tratar... ahí está la cura... ese es el cuento...? Genial.

Advierto que mi imperativo de decirle “te amo”, se entrelaza con el nuevo desafío de depositar la locura como recurso en uno de los tres. Mis inconsistencias con el tabaco, el alcohol, el café y la promesa de cuidarme un poco más, parece una suerte de grito permanente de testamento emocional que no he escrito. Pienso y reincido en que vaya a ocurrírsele a la muerte pedirme y no haya rendido el debido homenaje. De oficio y vicio, al fin y al cabo, no soy sino un nadie a los ti-tantos. Cada tiempo ha tenido su afán y, desde los que tengo noticia, un propósito central ha sido vencer la incertidumbre, esa ilusión de anticiparnos al futuro y superar el miedo de su obvia ignorancia; mas el conocimiento se ha ido poniendo humilde: “no se te ocurra conocer lo que todavía no es”. Anticiparse es asunto del poder y los poderosos y, del eso, ya sé demasiado.

- Supongamos que al despertar, la lluvia nocturna había derretido el paisaje, compactando la nieve en los faldeos de la cabaña y su escalera. No fue suficiente el sigilo de Malena en busca de pasta de dientes. A eso de las cinco de la madrugada me despertó. La saludé, me saludó, le ofrecí tostadas con miel y, respondiéndome que estaba en ayunos, salió, tan raudamente, que se resbaló en el hielo. Brinqué en su socorro y, también, caí. Resultado, mi tobillo esquinzado y un pequeño, pero sugerente, rasmillón en su frente. Nos reímos tanto, que te despertamos. Entonces, llegas a la escalera y, obviamente atinaste, solamente, a una tremenda carcajada, diciendo incoherencias como “voy por hielo”, siendo que todo alrededor estaba nevado. Me levanté con la ayuda de ambas y retornamos a la cabaña que promediaba los 2°C. Si encendías la estufa, preguntas y, ambos con Malena nos miramos, disimulando una breve sonrisa. -Ah, pero si yo no sé, por qué me miran así, pesados, si me tomé las pastillas...- exclamas y te respondemos con alegorías a la genética, a la teoría molecular, a los bytes, sucumbiéndonos en la hilaridad del conocimiento que, aunque ilimitado, ninguna de sus ilusiones logran reparar el daño que la corrupción impone... Mi personaje no se contentaba con su último artículo, una añeja idea de resolver la convivencia en una suerte de aplicabilidad virtual del “negocio”: saber cuán cooptado se está para saber cuán libre estamos siendo. No era para más, a ese padre viejo, le publicaban cualquier cosa o disparate. Cuando se conocieron, es decir Malena y yo, ambos ya estábamos viejos o casi viejos. Tuve mi primera noticia de su -por hoy- “inevitable existencia, a propósito de un alumno del doctorado que me había invitado a una

charla a cerca de “especulación y el genoma” de una tal Dra. Krumm. Por cierto, el tema me era poco atractivo y no fui, pero su apellido me lanzó el parentesco con aquel Sebastian del que mi abuelo “hablaba”; algo así como “los puentes de madison” de mi abuela, que -a la postre- terminó siendo tu bisabuelo; personaje indiscutido, a la base de la locura. “Tengo que regresar”, nos comentó tu madre y salió, esta vez, con más cautela. Nos quedamos en el sillón, en silencio, hasta que se abrió el alba. Salimos al jardín y miramos, primero hacia el río y luego al Marmolejos. Hacía mucho frío y las lágrimas de hielo sobre las calaminas eran comentario obligado. Balbuceabas casi: -Por el opapa... es por él... su nombre... parece, no sé, pero fue el primero...Sí sé, del Marmolejo... que loco... Mh... dame un café... Tenía como venti... No, como treinti... para de fumar... Mh, fueron los primeros en llegar a la cima... Te duele mucho?...Mh... voy a tener que quedarme aquí no más... qué van a pensar esos orates?...Ah... que me importa...

“Este viento, que pone en movimiento piedras y trozos de hielo, no le da tregua a la nieve y, a través del aire cristalino que quema el sol, desplegando un mar de luz resplandeciente, nos disponemos a todo, con amigos incapaces de dar vuelta atrás...

Hay que tomar impulso y juntar fuerzas, cuando por todos lados, vemos penitentes con altura de hombres; extrañas estructuras hermosas de hielo, que asemejan un ejército de peregrinos inclinados que están rezando...

Como ellos, toda forma de vida se congela, mientras sólo el viento sigue

llorando, porque nos negamos a hacernos su presa...

Mis compañeros no están lejos...

La luna ya salió, esa luz generalmente tan tenue, aquí brilla más que todas

las estrellas que titilan en el oscuro firmamento azul...

El viento helado, que impide respirar, nos impulsa para adelante; este rugir

de la cordillera, que desespera al más valiente, nos lanza a la cara pedazos

de hielo y no puedo más... y no quiero más...

Pienso que todo es en vano y siento que me va dominando un invencible

deseo de pausa y calor...

sólo descansar un momento...

Entonces, me envuelve una sensación confortable de no sentir dolor, de

relajamiento y de protección; acaso deliro al estirar mis pies en la arena

tibia de alguna playa y siento como los rayos del sol rastrean algún leve

viento entre palmeras; de pronto, pareciera que me coge una ola marina y

siento un torbellino helado sobre mí, que me baja. Desesperado me quiero

defender, pero no logro estirar mis piernas, golpes dolorosos dan contra mi

cuerpo, mas el mismo dolor unido a un último esfuerzo, rompe, por gracia,

el maldito hechizo...

Una vertiginosa idea se me cruza...,

mientras me cuesta subir mis pesados párpados y un nuevo golpe helado

me devuelve, en pleno, la conciencia...

Miro en rededor y allí está el paisaje lunar: todo fue sólo un instante...

De nuevo una ráfaga que casi me voltea...

Mi instinto de conservación vence sobre el cansancio sin límites...

Sigo a gatas y jadeando extraigo de mi cuerpo el último átomo de calor...

Entonces, ponemos pie en la cumbre: sacrificio - entusiasmo...

Amo esta cordillera, la inmensidad y el colorido de sus grandes cumbres.

Testigos de una riqueza mineral inagotable reciben, en diáfana atmosfera,

al amante de la naturaleza con un hechizo difícil de describir...

Hora de fiesta del alma, grito...

Entonces animados y liberados de la gravedad de la tierra escuchamos la

armonía de las esferas que, por largo, resuenan hasta el regreso a la

cotidiana vida para intentar, nuevamente, reconciliarnos con las

desarmónicas imperfecciones de lo terrestre..."

- Toda virtud es una posibilidad, un poder, una capacidad con la que contamos para resolver y, mientras más se le entrena mejor serán las resoluciones que tomemos...
- Papá, a veces yo también sólo quiero descansar y viajo como el opapa... pero hacer cualquier cosa, lo que sea, siempre involucra a los demás.
- Sí, por eso el negocio es la habilidad individual que nos permite resolver con otros...
- Tiene que haber sido tremendo caminar entre proyectiles de hielo...

- Evidente, en cuyo mejor o peor desarrollo nos hacemos más o menos armónicos.
 - Pero, en muchas de nuestras acciones no requerimos de nadie, sólo de nosotras... después, como Sebastian, estamos obligados a regresar a las imperfecciones de abajo...
 - En pocos sentidos es así... por instantes cortos de la vida estamos, como el abuelo, en la punta del cerro, mirando la pequeñez. Pero lo que aquí importa, entre los seres terrestres, es ese carácter de permanente transacción que nos transforma en negociantes ...
 - Yo, en cambio, quisiera hubiese algo más... como el misterio que el abuelo deja instaurado, esa vertiginosa idea que se le cruza...
- Evidentemente que a mi personaje le importaba convencer y convencerse, aunque el reconocimiento de la incertidumbre no le impedía apreciar el futuro como una amenaza. En él, el sólo hecho de saber que no podemos anticiparnos al mañana, hacía las veces de paliativo del temor al dolor, pues -al menos así- dejaríamos de sentir esa injustificada angustia de buscar, vanamente, esa verdad que nunca llega porque, simplemente, no puede llegar... El tamaño de esa madrugada, fría y lluviosa, hizo que la lentitud de la mañana se le figurara casi inagotable entre las tostadas con miel que te prepara y la ascendente hinchazón de su tobillo... La despersonalización -Lela- responde a un recurso del diálogo que estoy intentando, en virtud de poder separarme del personaje para abrir su posible distorsión con la

realidad... En ambos, en ti y en mí, la evocativa bitácora del abuelo transformaba nuestra estadía entre las montañas, como si verdaderamente estuviéramos cercanos a las cumbres, donde las memorias, tan similares, tan emocionalmente iguales, se tornan colectivas... Se cuenta con tan suficiente ambientación, que el relato de Malena buscando los senderos de su abuelo que te voy narrando, definitivamente, presionan por la idea del nuevo comienzo y su, sintomático, antónimo: el fin de un gran momento... Me complazco en ella para estar un poco más tranquilos, asegurándome en la gaya ciencia, en la experiencia de lo inevitable como prueba irrefutable del desastre apocalíptico; la certidumbre del futuro, refutando la palabra para que, no sea cumplida: Aldea Global, Calentamiento Global, ethos peregrino de penitente de hielo derritiéndose, derritiéndome... Sin embargo, sólo una porción pequeña de todo lo que nos estaba pasando pertenecía al reino de las evidencias. Tú, pronto, con tus deseos, irías del nosotros a armar las propias aventuras de libertad y esclavitud. Ella en ese mismo convencimiento, habría de impulsarse pueril hacia su inverosímil credo, tan brutalmente básico, que hacía del contrasentido de dejar cuanto había sido y defendido, un paso trascendental... Ella se había instruido en la coincidencia entre genoma y especulación, un árbol fuerte y frondoso, imposible de derribar y de un determinismo inapelable, que compone la vida a partir de una moléculas de carbono y, sin embargo, aquí estaba negándolo todo, sin más argumento que “ya no más”... Eso representaba la Krumm: mi máxima de la existencia y, sin embargo, viejos, resuelve abandonar y, con ello, me deja sólo en aquella cabaña, sin dios al

que recurrir. A la base de nuestra relación estaba un encantamiento de la razón sobre todo lo demás... Las llaves de doble uso que instaban al varón desafiante a reconocer el punto final de su existencia, convertido en esa mezcla rara de polizón del último viaje a Venus. Otra vez Piazzolla, y cierto, eso fuimos y llegamos a ser en el momento más largo de mi vida, desde que nos conocimos hasta ayer. En aquel coctel de conocerla, la esperé con un vaso de jugo en cada mano, como banderitas de taxi libre. Con un gesto, me preguntó si por ella y me precipité con un posillo de anacardos que robé del mesero, diciéndole “cuidado son calóricas”. Me aparté por ratos, mientras compartía, con los demás, preguntas y respuestas de ceños fruncidos. -faltó la mía-, la interrumpí y, manteniéndose interrogada, se sujetó de mi mano. Robada y robados, caminamos, caminamos y caminamos, hasta estos rincones, con menos frío y primavera, pero al lado del río y los cerros, treinta años atrás. La porción mayor de esos días de intemperie y viajes en el tren militar de bajada y subida al Volcán, pertenecía al reino de los absurdos, empezando por la invitación que apareció en mi agenda, tres años antes y, que, por error involuntario, revisé el día anterior a su cumpleaños número 35... Después la historia que te incorpora. Padres viejos a los 40 entre conferencias, viajes, publicaciones y paseos a la plaza de juegos infantiles... Indefiniciones menos, indefiniciones más, Malena Krumm, por prescripciones geriátricas, se ve obligada a tomar la gimnasia en serio, por lo que resuelve, a instancias de ambos, inscribirse por dos veces por semana en sesiones de kundalini, que nos reencantaron a los tres, durante los últimos cinco meses, sobre todo a ti, la Lela de este cuento, que

había retomado, voluntariamente, sus pastilla... Con gesticulación de tripas y todo, me adviertes del hambre que hacía... Mi lesión obligaba tu compañía y la preocupación de Malena por mi tobillo, una vez más, la obligaba a pedirme que regresara a la ciudad en el helicóptero que vendría a eso de la una, pues, habiéndose enterados del accidente, los dueños del lugar lo ponían a mi disposición. El retorno a Santiago estaba pensado para las 15:00 hrs., me advierte y, que nos invitaban al almuerzo para reparar las molestias ocasionadas, me cuenta. Ambos, más cómplices que nunca, le preguntamos por si ella también nos acompañaría, pero su silencio es más serio que lo imaginable.

Segunda Parte:

De la falsa esperanza que inutiliza a los sentidos.

... antes de Lima, el avión tuvo que hacer una escala técnica en Arica como refrescante de la memoria que huele y palpa la infancia, la idea concretada en la sensación del propio terruño con el hedor de mascada de hoja de coca en los dedos de mi idiosincrasia. Sobresaliente contraste de la humedad en mi respiro ahogado mientras desciendo a las orillas del terraplén. Muchos son los sonidos y más todavía son las miradas. Nada concuerda pero todo es lo mismo. Al llegar al centro, jóvenes por doquier gritan, marchan, arrancan y vuelven a gritar y a arrancar. Una de ellos se me acerca y, por mero defecto, la acojo. Que la persiguen me comenta y que se siente, yo le imploro. Ya con un jugo de mango, me comenta -tan fluida, tan precisa, tan elegantemente construida- los alcances de las movilizaciones, de los cientos de miles en todo el país. Le muestro los innumerables relatos de la web en mi teléfono, todos los respaldos y los repudios, los comentarios y las actualizaciones, los sueños y más. Le enseño la canción del cubano Silvio, “vaya forma de saber que aún quiere llover sobre mojado...” se despide cordial, se aleja tarareando... El centro se inunda, multitudes y lacrimógenas. Pago la cuenta y me retiro en dirección a la que era la casa de mis padres. Ni las calles, ni las casas, ni los edificios, ni las plazas. Nada existe. Pero ahí está la piedra en que jugábamos a las prendas, a los besos, a bailar. Arica me era ajena y distante pero su sonido -todo el mar-, inevitablemente, me hacía cantar, como antes; me hacía correr, como antes; me hacía sentir, como antes. El tiempo que tenía era poco antes de volver al avión, pero

suficiente para, sin ver nada, verlo todo: "...viejo y cansado, a orillas del mar, bebióse sorbo a sorbo su pasado...". Catalán, Catalán que dibujaste mi infancia y, quizás, hasta toda mi posteridad. Ellos ahora avanzan libres como nosotros. Ellos enamorados, nosotros habiendo amado tanto. En cierta medida, la escapatoria que imposibilitó una vida familiar de los tres, fue la liberación de un sentimiento impreso en la derrota frente al mismo de siempre, ese tipajo que mercadea con los sueños. Mi playa no es la misma, mi arena no es la misma, mi tiempo ya no es y, sin embargo, todo lo perdido pareciera volver para perdonarse a sí mismo. El inicio y el fin se equivalen, la diferencia está dada por la trayectoria equívoca y sin correcciones. Por más que quisiera, no puedo llegar al día de antes, ni a la ilusión que no existe y, el esfuerzo literario se desenvuelve sin posibilidad óptica, pero se desenvuelve. Lela estaba a pocas horas de nuestro encuentro de despedida, la última oportunidad del ruego de ambos, una trayectoria aérea por el Pacífico peruano y ya.

Durante el embarazo de la Kelita estuvimos juntos, en la casa de sus abuelos en ese mismo Cajón del Maipo que refiero con tanta familiaridad y usurpación como mi discurso ariqueño. Reconocimos cada detalle de la noche y del día, envueltos de nosotros mismos. Nuestras compañías fueros mi perro y un gato y, todo lo demás fue un refugio y un absoluto amparo. Reconocimos el principio como la referencia bíblica del verbo y cada estadio de Lela en su abdomen. A lo largo de mi sueño un ave se echó a volar. Levantó con nosotros al lomo, sus alas. De la luna nos privilegió y guardó, con celo, nuestra singular verdad. Sin embargo, vino el día en que parí, rodeado de luces y bestias, cantos y poemas

para bridárselo al diablo, mientras ella paría a mi Lela. Corramos me imploraban, corre me decía, pero la pena supera a la felicidad, ese es asunto resueltos. Yo asustado me induje a mí mismo y ese fue el comienzo. Después hubo intentos inútiles que fracasan de inicio. Refrán que cuenta que algo del fuego entre cenizas fundió amores. Cuando cruzábamos nuestras almas, glorificábamos y fundíamos la nieve y el cielo. Éramos esa tensión que provocaba sobre el San José y todas las catedrales de roca y farellones, su furia. Antes de que surgieran las cuencas del río, la lava trazó los caminos y faldeó los asilos. Ella y yo, Kelita y yo fuimos el principio sobre las rocas y esa enorme piedra al medio del torrente que nos mostraba su cresta. Sus convicciones y las mías fueros puestas en suspenso por un año. Cuan recolectores, nos alimentamos de nueces, almendras, liebres, peces y, a veces, flores y, a veces, “chapatis” (una suerte de tortilla de harina y agua cocinadas en las brazas). Ella sólo bailaba para mí, yo sólo cantaba para ella. Pero la razón de nuestra prolongada estadía, confluida en la gestación de Lela, no tenía ni la media porción del idilio en que nos conformamos. Los suspensos de nuestras creencias tenían mayor tamaño de lo que se pudiera esperar. La razón de la existencia se complacía a sí misma en una belleza, prácticamente ilimitada, pero la razón verdadera, el motor específico, era huir y ponerme a salvo, a salvo de los triunfadores. En Buenos Aires, cuando nos conocimos, su arte y su juventud con mi alma se encontraron; su noche y mi poesía. Chilenos los dos en esa gigantesca urbe lejana y vecina. Amarnos fue sencillo, ni media palabra demás en la residencia de Avellaneda, la casa verde y el farol del beso. Después mucho tiempo sin vernos y decenas de cartas: ella en La Plata bailando, yo en La Causa sin cantar. Los hechos golpearon y su abuelo potentaba. Tiene que haber llorado al

más alto de los sufrimientos cuando me buscaba y no lograba hallarme, como para convencerlo de que me ayudara. Así fue y hasta sus tierras llegamos. Desecho, logré reanimarme una semana después y me habló. Que esto no lo habría hecho por nada ni nadie y que a su nieta debía mi suerte, que tratara de no asomarme y que nadie me viera, que la nieta y bisnieta se quedarían en Santiago. Así me enteraba del embarazo y, del mismo modo agradecía la suerte y la gloria. Por supuesto que Kelita convenció a su abuelo de quedarse conmigo y, en consecuencia, la materia ya es historia. Hasta mi llegada a París, nadie en Arica se enteraba de mi suerte y en los compañeros me daban por desaparecido. Nació Lela con esos ojitos divinos y la cuidé, sí, la cuidé por meses. La noche anterior a mi partida, bailamos y cantamos, festejamos y lloramos. Imploré que me quedara o que nos fuéramos juntos y la primera mentira de las piedades se infiltró entre nosotros: que al estar en París, cuando se calme todo, se vendrían. Pasó lo imperdonable y jamás volvimos a hallarnos. Su fuerza era lo suficientemente robusta como para echar abajo los cerros y, por cierto, estaba dispuesta a derrumbar el atlántico y más. Sin embargo, el carro de la historia me retornaba en gloria y majestad, con todas sus promesas y cada una de mis convicciones y creencias, esas mismas que, al fin y al cabo, dejé en suspenso sólo por conveniencia. Sí, traición es la palabra precisa, pero no un golpe a la fe, las ideas, los compromisos o las metas, sino un golpe al alma pura, al amor y al cariño, al verdadero sueño, a la lealtad elemental. Lloré y canté tratando de justificarme, pero la fútil ilusión de hacer de París mi paraíso no concordaba con la idea monstruosa de familia feliz. Fatuamente, me iba convenciendo de que tarde o temprano lamentaríamos las renunciaciones personales. Claro que las construí en mis fantasías y, a ella la compartí con

cada amante, pero nada. El daño estaba impreso no sólo en las víctimas, sino que también en mí. Así, la libertad con la que recorría las calles y los vinos y las letras y la nada y todo, era un suero con el que calmaba el derrumbe total. Sé que los procesos y momentos posteriores son desiguales. Para empezar, mientras me iba impregnando de primer mundo, tiempo libre, tertulia, festejos y camas, Kelita había renunciado a la danza y al Cajón del Maipo para oscurecerse y apagarse entre murallas de cemento, mecanografiando y contestando teléfonos. De todo lo demás ni me entero, ni deseo hacerlo, salvo la llamada en que me cuenta que Lela quería conocerme, a lo que, evidentemente, me niego. Más que egoísmo, la razón fue qué haría yo con una niña de 13 años y, bastó esa respuesta, para que el silencio de Kelita se estampara por siempre.

La injusticia no corresponde a una odiosa comparación de hechos y signos, sino a una verdad inalterable. La experiencia, la vida en su conjunto, resume e imprime. Después de todo, el perdón de Lela no es ni la mínima parte del amor en que se engendrara y, en nada, corresponde con mis traiciones. Su perdón es una mera excusa de la literatura para que se reconozca, a tiempo y siempre, qué es lo que en realidad importa del vivir. No es mera coincidencia que, estando en las puertas de mi decadencia, haya llegado a llenar mi existencia. No podría ser de otro modo, si desde que nos encontramos, cada segundo de mi horas ha estado motivado por sus palabras en el chat y, nuestros cuentos de a dos, más que una reconstrucción, han sido la pretextualidad del encanto. Esta vez yo he sido el refugio y el amparo y ella, la mentira. Lima como Buenos Aires el escenario del embrujo.

No se trataba de llegar con mis regalos y traspasarle mi experiencia, sino que el regalo, la concesión final, la razón de existir, sin purgatorios, debí ser yo y no pude serlo.

Nuestros relatos son la fuente de este conocimiento y, sin embargo los he dejado partir sin más, como el perfume de las fresas salvajes el día anterior de mi muerte. El antídoto de la propia locura estaba establecido en la anciana y su Justino y, las referencias positivas de la familia feliz confirmaban los trastornos psicóticos del padre, la madre y la hija. No es fácil asimilarlo y es tremendamente doloroso, pero así se establece y nada puedo alternar. El Perú simbólico de nuestro encuentro se encerró por completo en una sola palabra: muerte. Ya no existo para Lela, mi Lela y, ni siquiera sé si de algo sirve este discurso. Sé que al otro lado del espacio no habrán respuestas, respuestas que importen, al menos. Sé que más allá de comentarios inteligentes y decorosos, no estaré. De nada me sirven los desenlaces, si a nadie corresponden.

Contrario a lo advertido, al vernos en el aeropuerto de Lima, además de adecuarnos -cada cual- a los gustos siúuticos del otro, desde el pisco sour a las papas a la huancaína y las influencias niponas de los paladares del quichua, en un pasar inútil de los verbos más de mi boca que la suya, nos sumergimos, simplemente, en los avances de nuestro cuento. Ella, seguramente, quiso notificármelo desde el comienzo, pero no lo hizo. Su ánimo y enojo se disimulaban en su cansancio y mis códigos no lograban advertirla. Que si la locura es el quiebre entre la conciencia y la conciencia, me interroga con ánimo de continuar su discurso. Que ella es la experta, le respondo curioso. -Kelilta no

está loca... tú estás anímicamente desequilibrado...- me dice y me confundo, me recrimina y me aturdo. Que estamos hablando del cuento de este ejercicio que nos tiene a estas horas en este aeropuerto, continua y le sugiero que lo dejamos para otra oportunidad, pero acusándome de "ridículo", se extiende, sublime, pidiéndome que tome notas. Perplejo, no logró entender nada, pero concedo y la escucho.

Para ella habíamos entrado en el centro neurálgico de la historia y, materializada de un lenguaje catedrático, dictaba y dictaba, púlpito de por medio. En su discurso, el hecho de que la locura se reconociera como conjunto de alucinaciones y delirios, respondían a una expresión gratuita, según la cual todos estaríamos locos de remate. Así, Kelita, la anciana del cuento y no su madre -me advertía- es feliz. Ella opcionalmente habría desarrollado su vida en el Cajón del Maipo. Desde que enviudó habría resuelto no volver a emparejarse y Justino era su empleado más fiel y de mayor confianza, a veces su amante, pero en la funcionalidad del sexo y el evidente cariño. De sus hijos e hijas, Raquel era la mayor; una pianista que había fijado domicilio en Tokio. Tome notas hasta que se agotó, paseando por cada personaje y sus desenlaces. Me pareció perfecto, guardé mis notas, y me levanté para avanzar hacia el hotel. Al despedirnos quedamos en juntarnos después del congreso, antes de nuestros respectivos regresos. Que faltaba el desenlace del nosotros, los felices, me dijo y con una sonrisa desapareció.

La cota mil del Cajón comprende una energía singular que presiona y expande a la vez; que cuida y descuida; que arropa, pero también desnuda. Esas alturas de la montaña

imprimen belleza a los cinco sentidos y, sin embargo, retuercen. Para el visitante, que resuelto a suspender sus deberes ciudadanos, es un espacio de renovación y de purificación, de sentir en su superficialidad los anclajes de lo humano; para él es distracción hacia lo que se espera y termina creyéndose que así es: un viaje comenedor de huesos y músculos atrofiados por la vida cotidiana y urbana. Para el lugareño, en cambio, es su suerte o su inapelable destino; casi como fruto de una condena de la que no podrá salir jamás. No parecen seres superiores, ni mejores, ni místicos; son simples y elementales seres humanos que, desde temprano deben lidiar con la leña, el barro, la nieve, la lluvia y todo lo que erosiona su entorno y su alma. Los nombres propios se destiñen al sol, al aire frío, a la sequedad, mientras se destilan en agua ardiente. Los machos se exponen en la tarea cotidiana de carretilla en mano y correas de tripas al aguaito de lo que venga y, siempre, con un resto de leña a cuesta. El Zorro, el Gato, el Chancho abundan en el paisaje humano, como si sus existencias sólo se debiesen a eso. Las hembras, aunque también misioneras de la recolección de leña, en cambio, se sustituyen por sus defectos lineales como la Guatona, la Chica, la Flaca, y por sus virtudes curviformes, como la Melonsito y la Alcachofi. Son gentes amables y silenciosas, demasiado silenciosas. De los tantos y como en todas partes, destacan los jutres, esos siúuticos un poco más aventajados que andan con la maldad a cuesta aprovechándose del resto. Tipejos despreciables que en patronos se han convertido, ni por esfuerzo ni por rigores, sino por “ingrupidos” y “grupientos”, que se hacen llamar dones, sin el porte ni la elegancia del caballero. Envidiosos por esencia son rateros; “entre esos tipos y yo hay algo personal...” En esta peculiar ecología están también los enamorados, los que por opción han resuelto su paisaje interior en la belleza

plena del entorno. Gentes que, sin un brillo notorio, resplandecen y se acoplan al universo, mimetizadas. En sus miradas está el secreto de la libertad que nos comunican, en sus manos curtidas en la masa, en el fuego, en la pala, se expresa el amor de su arte. Eso son y a ellos pertenece la majestuosidad de la cordillera que, sólo así, logra abrigarnos con sus hielos eternos. Justino es uno de ellos.

Su sobrevivencia compuso dos capítulos que explican su sanidad y cordura. Cuatrero por el paso de Las Melosas, desde San Juan a Mendoza y San Felipe por Los Andes. Patiperro del frío y el charqui y, a veces, en los cahuines de la avenida Matta en Santiago por semanas de imparable borrachera. Oriundo de San Gabriel, al tempraneo de su mocedad, oveja negra como era, se encontró a la Javiera; rubia e india de la urbe y collares de mostacilla. Macho en celo y atractivo, con sus ojos azules la conquistó y hasta el hastío se dieron por arenas de las playas, entre Horcone y Chiu-chiu, con luna y sin luna, por el Elqui y la plaza de San Bernardo, marihuana de por medio y vinito pa`la salusita. Terminó, como todo, el romance y bota`o se quedó, con su Javiera en la U. estudiando pa`enfermera. Su taita se interpuso y hasta matones les mandó, entre preso y arrancando, pa`l otro la`o se escapó. Al volverse por el paso `e Chacabuco, de un disparo lo voltearon, harto rato se quedó y casi no pu`o conta`ro. Largo en su amargura, tanto hambre no aguantaba, vino entonces la respuesta de chorearse cuanto haiga. Así trepó los montes, al aguaito como zorro, hasta que un día de los huenos, la suertu`a y el divino, lo volvió sobre la mula, heri`o como estaba, a la casa de la infancia, con la Charo pa`cui`arlo. No se entrañe ni extrañe naire porque el nombre de la nieta, que María, huena hija, de igual

suerte que su madre, en el día de su parto, parando chalas pa'l frente, exigió sólo una cosa, que Rosario se llamare como la madre del Justino. Así empezó la nueva vida a la sombra de su madre, este Justino rebelde, hijo de su padre que, con su huacha en brazos, le pidió a la misa, doña Kelita, que lo empleara en el campo. De algo sirve este tarro le explicaba a la doña y, la viuda, sin saberlo ni quererlo, resolvió así su problema, con tanta cría en su amparo. Este fulero le había llegado, que de algo ha de servirle, se convenció la misa y, de ahí pa'elante, otra vida se había armado. Justino, pa'l que no sabe, fue hijo y nieto de justinos, el padre y el ahuelo. Del primero supo poco, que estando casa'o con otra y, que en el día del velorio de un raja diablo de la altura, se habría engrupió a puro verso a la Charo, caira chica. Sorprendi'o infraganti, el griterío se hizo sentir y, curaos como estaban, a balazos se duelaron, otro entierro hubo entonces, el del padre en pelota, con su madre esperando. Del ahuelo hay más versos, aunque achica'o y con menos bulla, pues ya viejo y postra'o, le contaba historias a su nieto. Del estero, cuando la Calchona lo había embauca'o. De la nieta un comento, ella estudia pa'enfermera y, to'itos y sagrados, los viernes se encamina pa'l Cajón pa'ayuarle a sus viejistos queri'os. Esto encierra la virtud de que al cambio le acertamos cuando amor sincero, de por medio, nos exige la existencia. Bastará pa'lo que que'a una enseñanza aprendía: venga solo la esperanza cuando merecida la tengamos, como Justino y su María en los brazos buscando pega, que de algún modo se las arregla, el destino pa'los huenos, con la Rosarito yendo pa'grande, tan mocita y tan feliz, al cubierto de locura de su herencia tan terrible.

Sus robustas manos eran producto de maestría y arte con la piedra y la madera. Pircas, senderos, techos, tranque, estaque, el refugio, las cabañas y hasta la vieja casa del macizo. Todo armado con sus manos. Fuerza y paciencia, dos virtudes que imponían su presencia. Tímido de la palabra con nosotros, los instruidos, guitarra en mano y acordeón, otra cosa se mostraba. Se entendía en dos compases, la gratitud de la Kelita, que en años de cuidarse, habían armado un imperio. Ella es, en su senil belleza, en su mirada transparente y elocuencia meditada, el canto del amparo. Opcionalmente, después de la muerte de Alejandro, su marido, retorna de Europa directamente al Cajón del Maipo, con toda su prole. Tempranamente, en tiempos que recién se despertaba del holocausto y la persecución de su raza, sin jamás haber sido ni observante ni escéptica, complacida de un amor idílico entre su vientre y su Alejandro, compuesto lentamente al fogón de un refugio, sobre el que años más tarde, levantaría su casa con la ayuda de su Justino, atravesaron el atlántico rumbo a Lovaina. Alejandro, como tantos de su tiempo había sucumbido a la tentación de una nueva estética constructora del cambio social y del hombre nuevo. Por singulares derroteros había llegado, desde las decadentes salitreras del desierto a un Santiago hambriento de buenas plumas, pinceles y música. Antonio, su amigo epistolar, lo había convencido del viaje y Kelita, resuelta, lo impulsó, recién nacida Raquelita. Estando en Bélgica y acogidos por una familia de músicos, trabajando ambos en servicios domésticos, dieron a luz a las mellizas y, más tarde, instalados en Piamonte, reverberaron los embarazos de dos hijos más, sobreviviendo de una pequeña, pero animosa, planta de floricultura. Aunque, convencidos de que el oficio no los definiera, de suyos el trabajo arduo y comprometido, con cada cosa que hacían, los determinaba. En

tanto, sus amistades de espíritu garibaldino, poco más viejos que ellos, los introdujeron en el mundo que querían y les acomodaba. En efecto, poco antes de su muerte, Alejandro había sido contratado por Einaudi como tipógrafo, lo que promesaba la posibilidad de tener más tiempo para escribir, mientras Kelita manejaría la planta. Su vínculo de simple cuño del “Barón Ramplante” le enseñaron la nueva literatura, paralelo superior de Pantaleón, Rayuela y Hojarasca, apertura a una forma sinóptica del quiebre oficial de la acuñada modernidad y su ciencia oficial, pronóstico de las voces que, muy después de su muerte, vendrían con el Péndulo de Eco y “Se una notte d'inverno un viaggiatore” de Calvino. En su biblioteca, Kelita guarda con celo, lo que parece un pequeño altar, donde están los libros que fueran de Alejandro. Allí comparten vitrina Pavese, Calvino, Saramago, Vallejo, Borges, Huidobro, Marco Polo y un retrato que, fácilmente podría responder a Rafael y a Dalí al mismo tiempo, seguramente de autoría del entrañable marido. De su muerte no compongo demasiado, pues son rápidos cuatro meses de una fulminante pulmonía que hacían a Kelita añorar, más que nunca, su amada cordillera.

A ese cruel momento, con Raquel no superando los siete años, y al más chico con sólo un año y medio, Kelita desespera y desgarrar. Una vertiginosa idea se le cruza y calla y llora, pero mientras no puede subir los párpados, un helado golpe la remece. Mira en rededor y allí está la luna. Recuerda, recuerda el beso que, a la luz de esa luna, le dio tanto y todo. Se dice que sólo fue un instante y las que lloran ahora, son las mellizas. Entonces, su instinto de conservación vence sobre el cansancio y el miedo. -Amo esa cordillera, la inmensidad y el colorido de sus grandes cumbres- grita y se resuelve. Una vez que vende

todo cuanto acumularon y deja en manos de sus amigos los recibos y una caja repleta de libros, vuelve a Chile con sus hijos, con lo que llevan puesto y una maleta, en un viaje más auspicioso que triste. Compra el rincón del Maipo que le pertenecía desde siempre y parte, parte de nuevo. Al tiempo, conoce a su Justino, construyen la casa y empiezan. Los demás podría parecerlos rutinario. Madrugadas, mañanas, medios días, medias tarde, con frío, con calor, con cosecha, con siembra y así una vida entera. Pero en ellos se transparenta que cada día es un milagro. En aquellos primeros años los afanes amanecían con Justino llevando a los niños al colegio, cuesta abajo, en San Alfonso los más chicos y, en Las Vizcachas los más grandes. Más tarde eran los logros y caídas de cada uno y de todos, coronados con la beca de Raquelita en el conservatorio, por citar el primero. Quizás el momento de sus historias que mejor los expresa fue el regreso de Raquel, después de dos años. Todos reunidos a la mesa, todos cantaron, todos bailaron, todos juntos, todos libres y todos pendientes. Ahora que los conozco, la amabilidad y el cariño, los sepias, las miradas y el respeto me resultan familiares.

Sé que me debo un silencio, antes de continuar. Esa reflexión sobre la posibilidad de partir de nuevo, pero a la vez, sé que a eso corresponde, justamente, el camino que jamás he recorrido. Tenía el día entero para dedicárselo a la novela, antes de volver a reunirnos con Lela y, aunque todas mis sensaciones me advertían de que esta oportunidad no volvería tan gratis, que debía aprovecharla, la excusa perfecta estaba establecida. Más tarde y en la tardanza caí en la cuenta del mensaje por el que me había echado su condena y mi condena. Esa familia feliz en crisis nunca hubiese sido su sueño, de padres

académicamente exitosos, casualmente en la cordillera sin capacidad, por tanta vanidad, de ver como se complace la vida en su propia estética, no en la que andamos buscando para vanagloria que pretende atrapar el ser en jaulas de palabras. Papá e hija en aquel comedor con esas valiosas personas, en la espera de un helicóptero, pronto a llegar, que habían puesto a nuestra disposición para volver a Santiago, a propósito de un trueque que compartían con la guardia cordillerana por nueces, miel y días de campo para sus familias.

- Padre... debo despedirme... Jose llega esta noche... dice que le aprobaron el plan de vuelo a Santiago con Lima como escala... Nos vamos al Cajón donde su madre, que quiere conocerme... me hace falta... désolé... revoir... para que termines tu novela, te adjunto una carta que te escribí de pequeña... creo que con eso tienes... Ah... se me olvidaba... digo a sabiendas que te importa más poco que nada... digo que ella te importó un poco al menos... Murió. Sí, en una sola palabra... Al despedirnos estaba cuerda y contenta, supe que decirle de ti y que callar. Le hablé de nuestro encuentro en Santiago y Buenos Aires, digo para que la cortes con esa abreviatura ridícula. Cuando le comentaba que te pasaste los 8 días con la guitarra desafinando, se ríe a carcajadas y le brillaban sus ojitos divinos. Me alegro, me decía, que lindo, me decía y claro, tenía razón, me amas como a ella por sobre todas las cosas, aunque todas te hayan apartado de nosotras. A veces, durante todo este tiempo vinieron los peores sentimientos y no lograba entender por qué te negabas tan brutalmente a verla. Sentía el rechazo en toda yo y mis lágrimas se desparramaban inconsolables. Sé que también es hora de nuestra despedida, pues

mi vida ya no te toca y tu vida tampoco me toca a mí. A noche estaba cansada y te lo iba a contar, pero daba para una "chachara" a la que no estaba dispuesta. Por cierto me alegro que te importe con quienes comparto mi vida, pues eso refleja que te importo más mucho que poco. Gracias por cuidarme y descuida, Jose no es ningún revolucionario galoafricano. Es italiano del Piamonte de padres chilenos, pero me temo que ni en su familia, ni en ninguna parte haya una pisca antisistémica... Sus cenizas las esparciré al Raco el domingo por la tarde. Me encantaría que vinieras. Es todo... ah... sólo tú sabes donde es. Adiós.

¡ c'est la vie! Qué hago ahora, exclame y llegué al presente puro y simple. Sin leer nada más, parto. Cancelaciones de por medio y un afortunado cambio de vuelo, vuelvo a Arica, para partir temprano el domingo. Una vez en el hotel, -resuelto- descargo la carta de Lela y el silencio me embarga, llena todos los espacios, todos los recuerdos, todos los sucesos. Intento distraerme y parto a un bar de la playa. Diversas imágenes y señales viajan por mi mente y mortifican mi barriga. El padre, la madre, la hija, los tres alrededor de la estufa discutiendo civilizadamente las necesidades de un divorcio añejo como todo en ellos. La madre pausada y tenue, pero recriminando al fin, a la hija y al marido el vacío de toda una vida. La hija, enrabiada, exigiendo derechos que, en realidad, son mezquindades. El padre, o sea yo, sentado en el bergere de cuero oscuro con pipa en mano, pantuflas en los pies, rascando su barba con sus uñas negras de nicotina, sin que nadie le diga, siquiera, que apague su pose y se vaya a la misma mierda. Discursa y dicta que la solución se

encamina en un cambio de la rutina, que es necesaria la gimnasia para Malena y sus años y, que, de todas maneras, les haría bien a todos un poco de yoga.

Enteradas estaban las razones de la expedición de Malena y los suyos, ese putrefacto nosotros que Lela quería que viera; complicidad absurda de un padre y una hija consentida que jamás hubiese querido ser, pero que de ninguna forma hubiese sido. Si mi libertad hubiese sido más resuelta que mis baratijas intelectuales en el París amante de las luces, pienso y, recién comprendo que ellas y sólo ellas han sido mis verdaderas luces. Ni Bergman con sus fresas salvaje logró enseñármelo, pues preferí la comprensión de esteta que la intuición vital. Un buen discurso cualquiera con los medios apropiados puede resolverlo y señalar las formas que quisiera en decirnos cómo vivir correctamente y solucionar inteligentemente los conflictos cotidianos y, en eso me convierto como padre complaciente y marido comprensivo que guía el desvarío de su amada esposa. Suficientes han sido los títulos con que las academias han investido a estos pseudo triunfadores, a razón del poder que se ha logrado construir, al antojo de innecesarias investigaciones que financia la industria y sus consortes y que, incluso alcanza para darle algunas clases a la hija poco agraciada intelectualmente que criaron. Las formas de lo real, de aquello que importa sobremanera a los edificios y a las instituciones, el común acuerdo tácito de defender lo logrado, de administrar la verdad e impactar, además, en el destino de todos. Lo que expreso no es una denuncia de los sistemas y a sus inútiles componentes, doctores, magísteres y phd esparcidos como lacra por todos lados con modelos de certificación con cargo a cuentas corrientes del crédito y el débito del -sabe moya- quién

ampara tanta aberración. Sujetos que desde la cátedra se elevan y en libros y revistas especializadas se expresan para decir nada, nada que realmente valga la pena, pero funcionales a la perpetuación del conocimiento que aturde a toda la especie. En eso desenvuelven su vida estos padres que por el defecto del yoga culminan brutales, en la espera de un helicóptero de la guardia fronteriza, retornando a Santiago separados, pero no más divididos de lo que ya venían.

Malena, que como personaje toma el nombre del tango por lo de bailarina, rompe el tropiezo de su existencia, no suspendiendo sus creencias científicas arraigadas en ella por fuerza de rutinas, sino por el sólo sentido que la libertad nos brinda. Hasta ella entraña, en los rituales, fuertes dejos charlatanes, pero de lo que su marido no se da cuenta, y jamás podría hacerlo, es que esas verdades elementales resultan más vitales que toda la ciencia acumulada. Recién comprendo, el esfuerzo al que me instaba Lela para descubrir en el pródromo de la esquizofrenia quién, de esos tres, estaría desquiciado. Imposible la madre, que en su opción había resuelto abandonar todo aquello que la había transformado en miserable. En rigor, seguramente, en su vida entera y con todos los títulos con que ostentaba, no tuvo mejor reconocimiento que aquel de las cintas amarillas, con las que le traían de vuelta o, lisa y llanamente, le encajaban, su sexualidad embrutecida. Yo, tampoco podía constituir locura en mi afán mediocre de barba y pipa, compresivo y optimista, pero resuelto en la nada loable del buen nombre y alto respeto que me otorgaban todas las sociedades del orbe que se consideraran tales, en el nombre del conocimiento y el poder. La salida era brutal y Lela, sabía que abrazaría finalmente

esta respuesta. Ella misma era la materia que corrompía los filamentos de las marionetas de cartón que representaban sus padres. La Lela de esta novela, violentada desde los tiempos que calmaban su inquietud e irreverencias con fármacos de toda prueba, habría reventado episódica la apatía social, el alcoholismo solitario y la fuerte convicción que el tiempo de todos había terminado. Lo supieron sus padres, neurolépticos la solución y terapia convulsiva la alternativa. En ese estado nos -o los- acompañaba. Así ella estaba ese día en el Cajón. La Kelita se le acercaría y, llevándola por la orilla del río, la abrazaría, que pudieses ser una de sus hijas, le diría, que no pensara en tonteras, le diría.

Justino había soltado el riego antes del almuerzo y el agua se acumuló en la ribera por el tranque, por arriba de la playa del río, donde Kelita y Lela paseaban. Como era de esperarse, se les vino un derrumbe que arrasó con el camino, con basura del acopio que destruyeron los pilotes de la cabaña del costado. El espanto y el miedo se apoderaron de esa Lela y la anciana no podía socorrerla. No mucho tiempo había transcurrido, pero la sensación de Lela era por la vida entera. Vio a su padre y se espantó, vio a su madre y se espantó, los vio a ambos y río a carcajadas. Kelita no entendía pero trataba de calmarla, ya el derrumbe en el río, la calma entera había vuelto. Lela continuaba en su risa, casi espanto parecía y Kelita de la mano la conducía. Al rescate llegó Justino conmigo a su lado, con las palas abrieron camino y a la playa nos asomamos. Continuaba con su risa esa Lela de este cuento y Kelita, con sus dedos, le peinaba el cabello. Al encuentro con Justino, el reto de la Kela no se dejó esperar, las disculpas no valían, pues el deber se cumple igual. “Militares, militares vengan todas hasta acá”, hilarante esa Lela no dejaba de gritar. El

padre, o sea yo, con congojo y vergüenza trataba infructuoso de explicar, lo inexpresable. “Que no es loca se lo juro...”, les decía a los abuelos y ellos con ternura también me calmaban. Regresamos extenuados a la casa, de tesinas en melisa con azúcar nos recuperamos. Kelita con decisión un asunto me planteó, “déjele aquí conmigo” me pidió. “No está loca, no está loca” le contaba, “sus pastillas no las trajo... cuando volvamos a casa, todo-todo estará mejor”. Justino fue más severo y del pecho me levantó con esas sus manos gruesas de maestro y trabajador. “Usted la deja aquí conmigo, con respeto se lo digo, esta niña no se mueve de esta casa que es la suya.” Kelita, en voz diferente, sin ánimo de convencerme, que lo tomara como un descanso para nosotros, me iba diciendo. El helicóptero estaba por partir y esta Lela nos cantaba, “golondrinas vienen vienen” y, de un beso en mi mejilla, me decía en su mirada, con ellas quiero estar, no contigo. Vaya tranquilo don Alejandro, me dice esa Kelita con su Justino al lado y esa Lela al otro, los tres juntos abrazados, contentos se quedaron. Parto lejos, donde el mundo, donde todo, donde nada, sin canciones, ni bailes, sin siquiera penas para contarle a los nietos. Al regreso de Malena y sus amigos, los grupientos, gran sorpresa le esperaba con su Lela en la ventana, perdida en su ausencia con la mirada extraviada. La señora se acercó al buen Justino esa tarde, que pasaba con su Lela, cuánto tiempo es de esto. Sin palabras el Justino y acompañándola a la sala, donde humilde y en silencio doña Kela la aguardaba. “Ahora preguntas desde cuándo... no sabes que su vida entera... por tus celos y arrogancia, por veneno de las aulas, por las vidas que has llevado, por la muerte que se tarda, pero llega.” Al darse cuenta Malena que todo estaba calmo, recogió su túnica despidiéndose, y ya entrada en su ceremonia con un profundo “ohm” se despejaba los

dolores que le aquejan, sin tomarlos como debiera. Padre y Madre han huido, Padre y Madre, sin retorno.

Yo no sé que se ha hecho de Malena y de Alejandro, los supongo sin varianzas, como Sebastiano el de las aguas, como el rumbo de cualquiera, pero de una cosa estoy cierto: Esa Lela enloquecida se ha sanado en el amparo y el abrigo con que, paradójicamente, nos cubre la montaña. Quisiera verlos y hablarles, recorrer por los libros del otro Alejandro, esos de roneo antiguo y tinta sucia, quisiera poder contarles de mí, a ver si aprendo.

Tercera Parte y Final:

De la distancia inmanente entre ocaso y muerte.

Al cumpleaños número 13 de Lela, Kelita le regaló una maleta de cartón, interiormente forrada en seda, lo que refleja no tan sólo delicadezas y finuras, sino su profunda relación con la suavidad. La maleta guardaba el vestido de tul azul, decenas de cartas manuscritas firmadas por Alejandro de los tiempos en el ballet de San Martín y otra de su autoría que jamás envió. La emoción de la pequeña pertenece al planeta de lo inefable, pero un suspiro indexa la ilusión de su mirada. Atónita se abrazó a su madre, repitiendo, una y otra vez, gracias. Tres fotografías de blanco y negro completaban el embalaje. Una en el teatro, la otra en Avellaneda y la otra los tres en el Cajón frente a la piedra. Lela en brazos de un Alejandro que la miraba con algo más radical que la ternura, entre adoración e incredulidad. Las cartas eran declamatorias libertarias con correspondencias eróticas del nos veremos, y seremos y armaremos y llegaremos, tan infantiles que pudorizan a cualquiera, pero que en la lectura de una niña componen un mundo tan alto, tan querible, tan ansiado, tan amante que quisiera fuese así la existencia entera. Lela, cada vez que terminaba de leer, después del colegio y al acostarse, partía donde su madre a comentarle y preguntarle. Kelita le asistía cepillando su cabello, a cuanta ocurrencia se le apareciera. Un mes entero fue de eso y otro mes más por los detalles del romance. Una tarde, la niña con penita le pide a la madre que la llevara a conocer a su papá. Kelita en su ternura la acurrucó en largo rato, consolando y consolándose también. La historia es conocida, Alejandro se negó sin más.

Alejandro,

ha pasado poco más de un año desde que partiste, nosotras estamos bien, pero te extraño en demasía. Me entero, por mi abuelo, que son tiempos difíciles para nuestra resistencia en Europa y que nuestra causa pierde fuerza. De tus compañeros no he visto a nadie y la represión cada vez es más cruda. Me cuenta que mataron a tu amigo Manuel. A mí me dio terror saberlo. Por favor, cuídate mucho, por la patria, por nuestro pueblo y por nosotras. A lo mejor no te alegra esta noticia, a mi abuelo lo nombraron Ministro, se celebró con todo en el campo. Yo no fui, no podría, estaría traicionando lo más sagrado de nosotros. Tu Lela anda revolviéndola por todos partes y a penas balbucea. No te enojas pero su primara palabra fue o-pa-pá, pero no la retes, es lo que tiene más cerca. Todos dicen que es muy linda y despierta, yo les digo que es brillante como tú y morena como tú, y tierna como tú y todo como tú. Es mi Cani, a veces le digo. Esta preciosa si la vieras. Ayer, no sabemos cómo, se cayó del bufé y se pegó en su rodillita. Cómo llegó allí, quién lo sabe. Ahora vamos a tener más cuidado que nunca porque se encarama en todas partes y lo que pilla se lo echa a la boca. En las noches, a veces, la sorprendo despierta, jugando con sus patitas y con la cintita roja que le regalaste para el mal de ojos. Mi mamá dice que es una traviesa insurrecta y todos a coro la retan y, como el padre, ella replica, pero está babosa como todos o incluso un poco más. Tiene mucho cariño y la adoran, pero le falta el cariño de su papi, ese es irremplazable. Le cuento de ti todos los días, un poco para que no te olvide ni un

poquito siquiera, de lo huapo, de lo lindo, de lo inteligente, de lo precioso, de lo amoroso, de lo cariñoso, o sea de lo rico que eres. Te echo tanto de menos amor, y que no te suene cursi, tú sabes que yo no escribo bien, pero así y todo me atrevo. Echo de menos tus palabras, tu tono, tus respiros, el calorcito de tus manos y lo calentito de tu vientre cuando te pongo mis manos heladas. Te echo tanto, tanto de menos que a veces sueño. No quiero preocuparte pero he sentido algunos dolores fuertes en el pecho, no se lo he dicho a nadie, pero creo que es pura penita. En las mañanas me despierto con Lela pidiendo papa, me incorporo raudamente y después de eso jugamos. No quiero seguir dándote la lata con mi mundo tan pequeño entre la Lela y yo, sé que hay cosas más importantes y que, fuera de este espacio tan protegido, son muchos los que están sufriendo. Perdona mis egoísmos, yo quisiera poder ser más fuerte, parecerme un poco más a ti y tener tu valentía. Adelante compañero, adelante. Un beso redondo, hondo, mingo, como me decías tú.

Quando Lela leyó esta carta se llenó de orgullo. Su padre era y había sido uno de los grandes. Al entrar en la secundaria con orgullo y cierta irresponsable vehemencia se vanagloriaba de tener un padre diferente, un revolucionario, un héroe del exilio. Así se presentaba y así quería ser reconocida por sus pares. Le encantaba provocarles sana envidia a sus compañeritas y compañeritos, niñitos de familias pudientes del Santiago de entonces, que tenían padres también poderosos, pero ninguno como el de ella. -La palabra es un don que adquirí de mi padre- compartía con sus amigos, -yo soy como él y

escribo como él- les comentaba a los envidiosos. Tomaba las cartas más románticas y se las enseñaba a sus más cercanas. Pronto empezaron a distribuirse copias en todo su entorno, sobre todo los versos eróticos, que eran los favoritos. Como el juego del teléfono, las transcripciones fueron tergiversando los originales y la crudeza de las imberbes plumas crearon más de un escándalo. Al llegar a los 15, Lela se creía una líder y se le metió, tozuda como era, la ingenua pero peligrosa idea de crear un Partido Político en el Colegio. Se llamarían los “Liberales Magnista” por Alejandro el Grande. Mucha literatura política no había cultivado y de la clase de historia algo de los griegos se le había quedado. Además, su mejor amigo era el mateo del curso y él, para los contenidos, era bueno. Las palabras más duras las había reconocido de las cartas de su Padre. La idea al principio pasó inadvertida, pero poco a poco fue tomando vuelo, que fue así como Kelita se enteró de las locuras de su hija. Con menos pasión y mayor realismo, la castigó por un mes, sin derecho a pataleo ni reclamos. Al rato, su tristemente célebre movimiento liberal magnista quedó reducido a nada y, tras conocer a Gonzalo, su primer novio, se olvidó, por un buen rato de consignas. En tanto, el colegio había encendido alarmas en todas su esferas y, aunque la dirección trato de guardar el recato, la idea del “movimiento marxista” que se estaba armando en el segundo medio llegó a los oídos del centro de padres. Rarísima instancia colectiva para aquellos años, pero no era tan raro, pues lo componían en su totalidad autoridades de la época o militares de alcurnia. Ya no existía ni partido ni nada semejante, con Lelita disfrutando su propio romance, cuando el abuelo llegó un día, con la rabia entre los dientes. -Qué has hecho- le recriminaba a Kelita, mientras ella no entendía. Entre dime y diretes se dieron por largo rato hasta el más

profundo silencio, tras las palabras del viejo: “qué jamás vas a reconocer que ese bastardo bueno para nada las abandonó, se olvidó de ustedes, jamás las quiso, que para un hombre, un verdadero hombre y no ese don nadie, primero esta su gente, su mujer y su hija, que tonteras le has metido en la cabeza... me juré por la Malu y la Lelita que jamás te lo diría, pero tienen que enterarse, que ese pobre desgraciado entre burdeles parisinos se andaba, supuestamente escondiendo y armando la resistencia y tú sabes que mis fuentes son muy ciertas... hasta cuando tanta huevada... por tu irresponsabilidad, la Lelita va a tener que dejar el colegio... Ya expulsaron a su amigo el turco y no quisieron hacer nada contra mi nieta, antes de hablar conmigo... Trataré de hacer lo que se pueda. Adiós”

El silencio se fue alargando más de la cuenta entre madre e hija. Lela preguntaba y preguntaba, pero Kelita callaba. No es que no hubiese nada más que decir, por el contrario, había mucho. El problema era la vergüenza de tener que reconocerse, ante sus propios ojos, que lo verdaderamente amado, además de su hija, era la incondicionalidad de su abuelo, el fascista. La Malu, la abuela, no es sólo un dato de esta singular historia, sino su arma más preciada. Muerta de vieja, su trayectoria es altamente explicativa y comprensiva de los mensajes acuñados en mis palabras. Ella en su juventud había sido bailarina de burlesque y, entre sus amores en Cuba, famosos literatos la frecuentaron. Al conocerla, se enganchó de su baile y sus senos. Sin poesía pero con tremendas propinas la fue tentando, hasta que la convenció y se casaron. La fábrica de municiones, en que cimentó su poder y fortuna, en esos tiempos de guerra, le pagó todos los lujos que pudiera imaginarse. En tiempos que los aeroplanos, recién se animaban a atravesar el

atlántico, cuantas veces quería viajaba tras las pista de ski más exclusivas que existían. Tuvo sólo tres hijas, pues la cuarta la abortó a tragos amargos de borraja que le preparaba su nana. Esa esclavitud la recluyó en su anorexia, cuando por eso tiempos ni la palabra se conocía. Mañosa y malcriada por su marido, vez que tenía para arrancarse, dejaba todo botado y a sus crías en el internado de señoritas. Ausente, la Malú siempre estuvo ausente, hasta que nació la Kelita y por el mundo de la danza la fue encarrilando. Ese mismo día en el San Martín, con Piazzolla por entorno y Sábato en platea, la Malú con piel al cuello aplaudía eufórica a su nieta. Fue en su pretexto, que Alejandro, asediando al autor del Túnel, fue acogido por Malú, presentándole a su Lela. -Muchachos marchen que la noche es bella- les instó. No sabía la señora, o sabía demasiado, que el amor tiene el tamaño de la locura precisa.

La solución a la situación de Lela en el colegio fue más simple que lo esperable, pues coincidió con el año de intercambio con alumnos extranjeros. El destino elegido del curso fue Alemania Federal, a pocos días de la caída del famoso Muro. Un mundo de cosas se abría con el destape español a la cabeza y la perestroika por detrás, con Billy Joel cantando Goodnigth Saigon en Moscú y la Ventana Americana de los Soda en Viña del Mar. Revolucionarios y Reaccionarios se desplomaban en las inteligencias y en las calles, funcionarios a la postre, sólo eso. Pero Lela era una niña pequeña todavía, no sabía de mucho ni de poco, además su círculo era muy reducido y, aunque aparecía incipiente la intranet, nadie o casi nadie, imaginaba por asomo las maravillas del www, el chat, los e-mail, el facebook. el twitter y el google. Al llegar, sus padres alemanes la esperaban, para

su sorpresa con una caja de música. Todos ellos eran músicos y su escuela era, también, de música. Ni talento había cultivado ni oído afinado, pero se fue adaptando al alemán y los nuevos parientes, casi sin dificultad. Para su asombro, en su ciudad se sabía más de Chile que lo que nosotros aquí reconocíamos y se negaba a creer que las gentes viviesen en las condiciones que la televisión mostraba. Para los europeos, un niño de 15 hace rato había dejado de ser niño y, les exigían más responsabilidades y les daban más derechos. Eso le era muy raro, poder usar su libertad. Un fin de semana pidió permiso a sus padres adoptivos para viajar a París y, en vez de darle permiso le entregaron unos condones con recomendaciones de unos Bed and Breakfast "B&B" de decente reputación. Al situarse en París casi llora, decidiendo en cambio correr hasta agotarse. En un puente de los dorados del Sena se detuvo largo rato con su cuerpo al máximo de sus anchas, casi eufórica, inspirando profundamente. Al encontrarse más reposada, precavida por genética, buscó el primer B&B y ahí se hospedó. Con su morral artesanal se recostó un largo rato y releyó cada una de las cartas de su padre por el resto de la noche. Al amanecer, habiendo a penas dormitado, partió de las primeras al baño y se puso el vestido azul que ella misma, con sus manos, había remendado. Convencida de que vestida así le reconocería, deambulo por doquier en franca espera de un milagro. Que su padre apareciera y la mirara, y la abrazara. Llego al hostel de vuelta, sin nada y con tantas ilusiones. Tomó el teléfono, habló con Kelita, rogándole que le diera una pista de donde podría estar, después de contarle que estaba en París. Al otro lado las palabras fueron precisas. Ella, sin decir chao, colgó el teléfono y volvió a salir, antes que culminará la luz del día, con dirección concreta escrita en su palma. En París llovía y con los aguaceros de Vallejo.

Preguntó en su rudimentario francés, por la rue y la rue, hasta que llegó. Un edificio viejo como lo viejo de todo allí. Al llegar a la puerta, colgaba un letrero: “je reviens demain ... une réparation de meubles... AG” Alejandro González, pensó y se regreso contenta, ya más oscuro, a la pensión que cerraba a las nueve.

-Estoy feliz, muy feliz, muy feliz- se decía a sí misma, -lo encontré, te encontré papá- Hasta que cayó en la cuenta que ya no le quedaba plata y que seguramente iba a pasar el casero a cobrarle la noche. Se angustió un momento, pero era demasiada su ansiedad por verlo, que nada la opacaba, ni el sudoroso tul del tango que llevaba puesto. Se lanzó en la cama y exhausta se rindió todo su cuerpo. El casero golpeó cuatro veces infructuosamente. Con su juego de llaves, abrió y la miró tendida con ropa y toda. Que esta está borracha pensó y refunfuñando se retiró sin despertarla. Su sueño no puede dejar de narrarse, pues posee una particularidad elemental. Quizás de sus 15 años, por lo menos durante 10, noche tras noche, imaginó el momento en que lo vería por primera vez, que le diría -hola papi, soy tu lela- que él la abrazaría y la sentaría en sus piernas y le contaría algún cuento o le cantaría su canción hasta quedarse dormida y feliz. En el sueño de esa noche, además de los nuevos elementos que contribuían la ciudad misma, el letrero y las significativas iniciales “AG”, el dato lo acotaba un profundo hedor a nicotina y el pelo sucio de la barba. Como la vieja Penelope se sintió y, por primera vez en toda su corta existencia, algo del alma se le marchitaba. Se despertó angustiada, afiebrada, sofocada, necesitaba aire, mucho aire. A tientas abrió la puerta de su cuarto y, de igual forma, se encaminó hacia la salida del hostel. Al llegar se enteró que estaba cerrado con

cerrojo y un candado. Sus ruidos despertaron al casero, quien, después de garabatearla, llamó a la policía, pues creyó que se iría sin pagar. Terminó en un retén y con una frazada por abrigo, que le había facilitado un celador. Se durmió del cansancio. -Que llamen a Chile, a la embajada de Chile- les decía, pero nadie lograba entenderle. “un chili... un piment rouge avec ail et oignon?” preguntaba el franchute, mientras ella insistía. Con el cambio de guardia se había revisado su pasaporte y unos funcionarios de la embajada estaban en su espera. Que muchas gracias le dijo ella, pero los funcionarios no la dejaban. Que tenemos órdenes de llevarte le decían ellos, acaso eres terrorista. Están locos de remate, les decía ella, que tengo que encontrarme con alguien. Sordos contra sordo en la embajada terminaron cuando ya se aproximaba el medio día. Vivió un interrogatorio inquisidor, al límite del absurdo a una niña de sólo 15 años. Al fin la embajada confirmó que era bisnieta de quien era, le rogaron mil disculpas y hasta platas le pasaron. Ella desecha, con su morral y su vestido, salió por fin a la luz del día. Le costó ubicarse, pero el famoso Arco la acotó. Ya la rabia impotente, que sentimos cuando nos acorralan, había sido superada. La angustia del sueño, sumada a la avanzada hora de la tarde, le aceleraron los latidos e intentó calmar el paso. La suerte estaba echada. Debía volver a las siete a Alemania y ya bordeaban las cinco. Cambió su ritmo y se cantaba en silencio, resuelta y empeñada con destino conocido. Mientras se acercaba, más imágenes se le iban cruzando. En una, ella sintió pánico e inmóvil se quedó pero, al mirar hacia la torre, recuperó el tranco. En su sensación, el periplo en nada envidiaba a la Odisea, ni ninguna otra historia que se digne. Le quedaban pocas cuerdas y el taco de sus botas se torció, mas no importándole ya nada, se las sacó y continuó. Sudaba por todas partes, su espalda, sus

manos, su frente, pero seguía sin detenerse, sin rendirse. En silencio iba pensando en la travesía de sus padres al refugio. Esto no es nada comparado se decía y el valor, no sabía muy bien de donde, había aparecido. Tanto tiempo que he esperado por este momento, tanto que he anhelado verlo, tendrá que estar ahí si no lo mato, se iba diciendo y sonriendo. Una espera tan larga siempre ha de contractar con la certeza, eso lo sabemos los viejos, pero en una niña pedirle ese esfuerzo es más irracional que la cuadratura del círculo y las peras en el olmo. Al, por fin, llegar, se seca el sudor en las manos y las manos en su vestido. Trata de ordenarse el peinado, se humedece los labios y entra por el pasillo a la puerta, donde le aguarda el mismo letrero, en la misma posición. -mademoiselle: celui que cherches-tu ?- le pregunta una voz gruesa y cansada, ella ilusionada, cree oírle, -a mi padre señor, el restaurador de muebles- le contesta ella, señalándole con el dedo el letrero. -pardon mademoiselle, Alejandro ne vient pas jusqu'au mois suivant... cela à Turín...- le dice él. Esta tristeza de Lela también pertenece al planeta de lo inefable y, así, en ese modo de la destrucción, le escribe esa carta que le adjuntara al correo en lo de Lima, varios años después. En tanto, ni Turín ni París ni Berlín eran domicilio conocidos para Alejandro. En realidad había sido invitado por un excéntrico emir a unas playas paradisíacas del mediano oriente.

Papito querido,

He venido a verte por si las moscas te encontraba. Mamá está muy enferma y también quería venir conmigo, pero los doctores se lo prohibieron. Estoy viviendo hasta la próxima semana en Alemania, en casa de intercambio. Por eso vine a

París, consideraba que era un despropósito no aprovechar este semestre y no aprovechar de saludarte por lo menos. A lo mejor debí avisarte, lo siento de veras. Pero, después de todo, no fue ningún gran sacrificio, vine sólo por el día y sin ninguna penuria. Dicen que las cosas andan mejor por nuestro país, que algunos exiliados ya están volviendo, sé que para ti va a ser más difícil, lo dijo el abuelo, cuando se lo pregunté antes que se enojara con la mamá y conmigo por lo del Partido que había creado en mi colegio. Sé que no tuve mucho cuidado y que fui inconsciente, que mi inmadurez podría acarrearle tantos problemas y lo que es peor poner en peligro la vida de tus compañeros, como dice la mami. Ya aprendí la lección, te lo digo en serio, creo que ahora estoy más preparada con este semestre lejos de casa. Ya puedo comprender porque pasaron las cosas y hasta puedo entender que estés un poquito dolido con esas mujeres que te salimos. En serio me hubiese gustado mucha haber estado contigo, no digo conocerte porque siempre te he conocido, te llevo conmigo en cada rincón, eso lo saben bien todos mis amigos. Espero cumplir pronto los 18, para venirme contigo a ayudar en lo que pueda. Saluda en mi nombre a todos tus compañeros. Sé que mamá todavía te espera, ella no lo dice pero yo lo siento. No quiero incomodarte más, pero me gustaría saber si es verdad lo que el abuelo le dijo a mi mami y la dejó tan mal. En realidad ya lo sé, sé que son mentiras porque el abuelo nunca te ha querido como te queremos nosotras. Pardon papá, como dicen acá, no quise que pareciera que estaba desconfiando de ti. Vi la película de Gandhi, es realmente hermosa, se que un

hombre que de verdad lucha, como tú, por su ideales, hasta célibe llega a ser. Con todo el amor que tengo, se despide tu hija, tu hijita querida.

En realidad, Lela no dejó bajo la puerta esta carta por temor a que su preciado padre efectivamente la leyera y se decepcionará de tener una hija boba, propio de las adolescentes inseguridades. La guardó en el morral y volvió a correr, esta vez rumbo al tren, de regreso en Alemania. Allí, y en prácticamente en todo el globo, corrían veloces vientos de paz, retumbando himnos felices de una humanidad que se alcanza, con Fujiyama anunciando el campante final de la historia y Hawking demostrando, en la materia, la definitivamente innecesaria actuación de Dios en el origen del universo. El viejo mundo se agrupaba en una sola moneda y se incorporaban pancarta del famoso cuño de la aldea global, con la que se terminan componiendo todos los manifiestos en la cita obligada del tal McLuhan. Eco nos enseñaría su “The Name of the Rose” en las pantallas y Lelouch rompería los muros de la tediosa angustia del auto proclamado cine-arte, con Ravel y su bolero por baluarte en “Les uns et les autres”. Vientos de libertad corrían a toda máquina y, aunque paradójicamente, el principal signo del griterío universal cantaba al son de Pink Floyd, “We don't need no education...”, todos confluían en la misma saga. Las izquierdas y las derechas se enmarcaban en una nueva y auspiciosa cancha, que dejaba a todos contentos, donde el que no lo estuviese, ese se transformaría en invisible. En la patria de origen de los personajes de esta historia, los acontecimientos en nada envidiaban al gran golpe con que la historia resolvía los acertijos de la convivencia y, las calles se repletaron de múltiples colores en comparsas y carnavales por todas partes,

pues se derrotaba en las urnas, al malvado dictador. El mundo al encuentro del mundo y todas esas yerbas que convencieron a ricos y pobres, buenos y malos, sanos e insanos y todos los matices que se pudieran imaginar. Que la tendencia del poder eran democracias sólidas que al Estado obligaban la salvaguarda de la libertad y al Mercado consagraban como su justo distribuidor de la riqueza. Las diferencias, minúsculas entre los unos y los otros, se fueron desvaneciendo, haciéndose imprescindible distinguirse por sólo hacerlo. Así la discusión absurda y reduccionista de la moral se fue entrapando en defensas de minorías del tipo que se quisiese y derechos a la libertad para elegir la muerte, como si alguien en sus, “cuatro” sentidos, pudiese volcarse en contra de las etnias, en contra de los gays, en contra de los pingüinos. Todo el universo, humanamente dominable, se había encontrado -por fin- a sí mismo. Esos eran los vientos con los que Lela se había encontrado en la vieja Europa, y en ello andaba la sensación de libertad en paz de la, otrora, doliente patria. Todo había cambiado, con matices más y matices menos, todo se había positivamente revolucionado, pero en una revolución distinta, de computadores personales, de teléfonos celulares, de juegos virtuales, del Nintendo. Lela iba entrando, poco a poco, al espacio de los adultos en un ambiente tranquilo, con garantías de desarrollo personal basadas en el esfuerzo propio. No hablo del esfuerzo de realizarse cada día hallándonos armónicos con nuestro entorno, hablo de ese derrotero virtuoso de la competencia, del que nadie quedaría excluido. Los caminos se asentaron y la experiencia vital, para todos sin excepción, se transformaba y consolidaba en la carrera, aquella que certifica periódicamente los oficios, desempeños y roles que ocupamos en la organización global del orbe. En Lela, hace rato que se le había colado el bichito de las

letras e impregnarse de una pluma elocuente. Buscar el saber, quién sabe por qué y para qué, hasta la mismísima última explicación de la existencia. Pero, en su formateo, concorde con los tiempos, no contaba con el tiempo para hazañas epopéyicas, pues, además de su franca inutilidad, ya todo había sido descubierto. Es así como opta por la medicina para iniciarse en el devenir, pensando, desde ya, como todos los de su entorno y muchos más, en la independencia y economía que le brindará ser doctora y así, poder tener su propio “escarabajo descapotable”, y lo digo entre comillas porque no refiere ese romántico modelo rojo de los hippies, sino el otro, el automático con lector de cd, usb y full equipo, como el de la Barbie, pero en un color más sobrio y elegante. En su mente aparecían, obviamente y con la memoria caritativa de su padre -una mezcla del Che y el Gato Alquinta-, preguntas impresas del sin sentido que la vida había ido tomando, tratando de explicarse por una parte, los incipientes y cada vez más comunes suicidios adolescentes y tomando férreo, partido por la otra, en cuanta minoritaria campaña iba apareciendo, como el rescate de ballenas, contra las tabalquileras y tras la superación del estigma del VIH, por citar algunas, sin dejar de lado, su ocupación en la web por los extraños sucesos de Chiapas y el famoso comandante Marcos, sin siquiera enterarse de las fuertes contiendas en la Araucanía más cercana. Es decir, sentía que, en su plebeyo apellido y su morena piel, estaban -feno y genotípicamente- impresos su baluarte étnico de aimara o quichua y su imaginario vínculo ancestral con las momias del Chinchorro. Todo esto ella creía ser, al punto de que, con la poca información obtenida de las conversaciones con su madre, mientras le cepillaba el cabello, logró arbolear hasta las mascadas de hoja de coca de la abuela de su padre, untándole mantequilla en el “pan

batido”, cantadito que tan bien pronunciaba, con sus trenzas de paisana y sus polleras de paisana y su awayus y chulpas. Nada de esto era cierto. Por el contrario, Alejandro había tomado su gracia del segundo nombre de su bisabuela Vicenta Siles, por ser el tercero de la camada de su madre, la nieta mayor. Rosario, su madre que, orgullosa de llamarse “shilena” con cierto esfuerzo de pronunciación, jamás hubiera podido renegar de la alcurnia de su origen en el tío Hernaldo, primo hermano de Vicenta. Lela no tenía como enterarse por esos tiempos de aquel linaje. Es más, sus credenciales societarias se limitaban a los pioneros alemanes de la Valdivia al sur de Chile y en la bailarina de burlesque en la La Habana de Batista, que su imaginación ilimitada representaba a La Ducan con su bufanda roja al viento en el descapotable de su inmortal desgracia. Sólo después y entre “los cuentos de a dos”, contruidos en el chat, se iría enterando de que la piel oscura, de la que también se sentía orgullosa, porque el orgullo lo había heredado de todas partes, venía de la herencia paterna de Alejandro, de una tal Manuela que del sur del Perú habría llegado a trabajar en las cocinerías de Humberstone y, que sus ojos claros se habrían hecho posibles en la presencia inevitables de los recesivos de Rosario, por el marido de Vicenta, un cartógrafo austriaco al servicio del gobierno de su primo. Las tradiciones de Lela, expresadas en sus rasgos, la invitaban permanentemente a algo más que a la cotidianeidad. Pero esos tiempos de paz mundial, en que debía -por cuestión modal- definir su destino, lograban imponerse en la crucial de las decisiones. Medicina fue la opción y la Universidad Católica el escenario. Como todos, o casi todos los de su generación, renegaba de los crípticos e inentendibles discursos de los cantos libertarios y la poesía. Repelía del sonsonete lastimero y quejumbroso del, hasta hace poco, máximo

ídolo de las juventudes, despedazándose su “unicornio azul” en un lápiz de pasta a la oreja o en el bolsillo de la camisa que se le había perdido. Lograba entender por qué los conciertos del cubano llenaban el Estadio Nacional en los tickets más caros, tal como lo hacía el ex Beatles con el “hey jude” del inmortal Lennon, pero en ningún caso gastaría “medio peso partido por la mitad” en tanta letanía. Para ella “la bilirrubina” era más barata y entretenida, y un concierto de “Guns & Rose” era imperdible. En literatura, además de obligarse a leer, por razones de exigencia intelectual del entorno, las “Memorias de Adriano”, para que no se diga y, mamarse un “fomísimo” cine local, por idénticas razones, resolvió distraerse con Auster para poder compartir un favorito en sus inicios en la facultad. Eso, claro, sólo fue en los primeros años, pues la bibliografía y las exigencias se fueron abultando cada vez más y, aunque aprobaba con el mínimo exigido cada asignatura, el tiempo se había transformado en estudio y sólo estudio, además del novio, de curso superior, que conoció como novata y con quien estuvo hasta el cuarto año. En ese contexto, sus aspiraciones y cotidiano se iban aunando tanto en su mente como en su ir haciendo, limitando sus gustos estéticos a los experimentos de Matisse, Picasso, Duchamp, Dalí, Miró, Escher y, sobre todo, a Klimm, por su abuela que, a pesar de lo que se le dijese, posteaba las paredes de su casa con fotografías de su obra. Para Lela, como para sus coetáneos, el camino estaba forzosamente trazado en la carrera de las competencias, término que, cada vez perdía su imagen peyorativa, asimilándose al de virtud: competencias laborales, líder competente, etc. En su concierto, el matrimonio, la vida en pareja, la construcción de un hogar, eran cuestiones para muy mañana y, aunque decía y sentía estar enamorada de su eterno novio, para ella primero estaba el grado,

luego la beca, después el buen trabajo y el departamento con vista a la cordillera, los viajes al Asia y los perfeccionamientos y, si era posible, sólo entonces, casarse para conocerse en las compatibilidades, el lado de la cama, la tapa del baño, el dobléz de las toallas, el desayuno saludable, pues era sabido que los idilios son todos bellos, pero cuando se trata de convivencia, eso es otra cosa. Si así andaban bien las cosa, entonces el retoño, pues no es cosa responsable andar trayendo crías al mundo por traerlas. Así pasaron sus años con meridiano éxito, hasta el cuarto que irrumpió, volcánico y sin advertencia, el dolor en el encuentro entre el dragón y la serpiente, para los que algo saben del oráculo, en el estío del parto del siglo para nuestras referencias calculadas del año del Señor.

Paralelamente, Alejandro, con democracia y excompañeros revolucionarios de por medio, inicialmente sirve en agregadurías culturales en pequeños países durante los gobiernos de la falange, con suculentos ingresos que le permiten entrar al mundo de las colocaciones y especulaciones, teniendo que animarse a las revistas financieras para reviso diario de la cuestión de sus platas. Llegados los neo-socialistas al poder, con nuevos socios comerciales del retail y del futbol, es convocado a ser parte del Consejo Minero, donde arma “buenas migas” con varios conocidos, sobre todo en La Escondida, lo que lo obliga, después de 30 años a volver a la patria, donde ya no estaban ni Lela ni Kelita. Estando en Chile y con sus amistades de los emiratos, se involucró en otros tantos negocios que, le permitían jugar, ampliamente, con los hilos de la política criolla. Así, rápidamente, se fue llenando de amigos que influían por él en todo lo que fuera necesario

para sus negocios y sus gustitos caros. A modo de ilustración anecdótica, poco tiempo antes de su primer encuentro con Lela, estuvo a punto de despedirse sin las penas ni las glorias. Entando emparejado con una mulata veinteañera de Colombia, Ecuador o Brasil, de aquellas de los café que sólo existen en Santiago, un viernes de invierno, invita a un viejo amigo, o sea yo, al departamento, repleto de lujos, que le había comprado a la moza, para presentármela y enrostrármela para mi envidia. De partida el encuentro se iniciaba promisorio y alentador, al entrar en el departamento y encontrarme con el retrato de cuerpo entero y desnudo de la pueril afrolatina, que más que “chola” es carnalmente desequilibrante, a viejos que, como a nosotros nos vino del cielo de los laboratorios, el bendito viagra. Yo no tengo sus dilemas de libertad tan grotescamente exquisita, y la envidia me afloraba por donde quiera que se mirara, menos mal tengo a mi vieja, como ese Justino, que me acompaña y, a veces, yo también. Pero de mí no se trata esta historia, así que vuelvo a lo que nos convoca. Quizás solamente quería explicarles el motivo profundo de esta novela, inspirada en mi amigo querido, Alejandro González y mi pura envidia que no se arrepiente de haber venido.

Enamorado estaba de su muchacha Alejandro, no tengo dudas. Un amor sin alturas de vuelo ni otro parecido, pero tan jugado como el que más, como si el mundo terminase al otro día. Yo ya no sé si por rutina o por un motivo más monstruoso, sólo sé que con todas las que tuvo declaró amor eterno en el tiempo que duraban, las más de las veces pequeños. Siempre tenía una excusa, algo diferente. Esa tarde en el departamento, la llamó al celular con unos tragos en el cuerpo que habíamos iniciado desde el almuerzo.

Ella demoró, pero le contestó. El, con voz traposa, insistía que viniera con insultos en francés sólo para que no entendiera, pero el tono era suficiente como para que la niña se molestara y apagara su teléfono. Molesto Alejandro y más borracho todavía, me obligo a acompañarlo al café donde servía la chica. Al llegar la batahola se armó al más puro estilo del west. Enojado, como estaba, tomó del brazo a la negra y ella logró zafarse con un combo en la nariz. Un desconocido que estaba con ella sacó un cuchillo y se lo punzó, por suerte en el antebrazo. “La con ajo” impedía que la sangre parara, lo temé como pude y salimos del burdel. Perdió bastante sangre, pero en la clínica lo curaron y por el resto de la noche se quedó dormido como un lirón. Se había salvado de una grande, pero en realidad no le importaba, en realidad, nada le importaba. El deporte en la política y las inversiones le distraían suficientemente la inteligencia que alguna vez tuvo, para no tener que pensar en la nada, para no tener que mirarse, para no tener que escuchar el viejo cuento del águila y la cumbre. ¿La recuerdan?

“Le quedan a la vieja águila, después que sus uñas se han encogido y ablandado, su pico se ha encorvado y que sus alas le impiden el vuelo, morir o vivir. Al negarse a morir, paradójicamente va al encuentro de su muerte, tratando de alcanzar una cumbre lo suficientemente alta donde protegerse de sus enemigos. La gran mayoría lo intenta pero fracasa. Pero, eso no es todo, las que llegan y se ponen al abrigo cavado de la peña, golpean su pico contra la roca hasta quebrarlo. Pacientes de que les crezca uno nuevo, algunas perecen, pero las que aguantan se arrancan las uñas a picotazo y vuelven a esperar hambrientas. Las que no mueren por

inanición, recuperan sus uñas con las que extirpan las plumas y, la espera vuelve a ser lo que les exige la virtud. Después viene el nuevo vuelo, libre, al viento, esbelto, majestuoso, mágico.”

“Que el celo es la virtud de la más puta y la más santa”, era uno de los pocos convencimientos que, a la entrada del milenio, le quedaban a Alejandro. A eso se habían reducido sus parlamentos, aunque suficientemente coloreados como para no caer en lo burdo. Bajo algún respecto, dichos como ese en su boca sonaban bien, si hasta jocosos. Mas, este decir, no era una mera referencia para un pequeño cuadernillo donde se van tarjando, una a una, las cosas en que hemos dejado de creer y, se van anotando los nuevos elementos pragmáticos que debemos incorporar para conducir los propósitos de la humanidad en beneficio y pecunio personal. Pensar en celo femenino y estudiar su psicología había sido la mejor de sus herramientas seductoras y, en consecuencia, la morena continuaría en sus manos si invitaba a la rubia trasandina, abultada a silicona, que la acompañaba en el café. La solución era sencilla: pasajes para dos a Venecia, el lugar de los sueños de la novia de ocasión. Se pensó y se hizo, se abalanzó sobre la barra, tickets en los dientes y con un beso de por medio, se los donó a la rubia. El conjuro resultó, las llamadas y los mensajes y lo que fuera no se dejaron esperar. Recriminaciones absurdas más o menos, el resultado se divulgó por toda la web, en una fotografía en el Danubio, con góndola y todo, de Alejandro y su morena. Viejo como estaba, ni el abuelo parecía, claramente se había ocupado de que el que quiera se entera que a “ésta” él se la estaba sirviendo.

Decadencia, sin remedio, en eso piensa cada vez y con más ahogo. Las tranquilas esferas, los tranquilos estados, las tranquilas ciudades, los tranquilos ciudadanos, las tranquilas carreteras, con más autos pero tranquilas. En eso estaba el mundo y nadie se atrevería a presagiar que el gen lateral, el que por siglos se duerme, aquel de Lutero y antes del Cesar y después de Martí, ese gen había vuelto a nacer en los nietos y en los hijos para despertarnos a todos.

Alejandro todavía no estaba de vuelta en Chile, cuando se le declaró el primer episodio a Kelita y que pilló de sorpresa a la Lela, justo en el tiempo que tenía que elegir lo de su beca. Hasta antes de eso para ella era simple, pediatría y punto, más cómodo, más cooperación de las familias, más trabajo en prevención que en curación, más sencillo y más tiempos para disfrutar. Sin embargo, las contricciones que el espíritu experimenta son reflejos, algunas veces, que no podemos obviar. Tal fue el caso y, rápidamente tuvo que virar a la psiquiatría y estudiar y tomarse en serio, lo más “pajero” de todo cuanto había estudiado. Mientras lo hacía, pensaba, si hubiese sido cáncer, donde hay datos concretos que observar, si esto otro son puras elucubraciones. Quizás, no debió. Pero “a veces se puede... sólo a veces...” se “cuenteaba”. Al introducirse en ese mundo de síntomas tan poco medibles, tan inestructurables, tan poco serios. Se reunió con Vidal, quizás de los loqueros más reconocidos del medio por los afortunados cambios que logró con los enfermos del Peral. Recorriendo los senderos y pasillos y en los salones del mítico hospital santiaguino, tuvo sensaciones sólo similares a los de sus 15 años en París. Fue, justamente

Vidal, él que le prohibió que la internara y que la terminó convenciendo de que la terapia convulsiva era urgente como la extirpación del cáncer, pero que no servía de nada, ni los neurolépticos, sin una buena terapia para las rutinas y la tolerancia a los fármacos. Así supo de la Elisabeth, a quien le confió los cuidados psicológicos de su madre, mientras ella sacaba su beca. Pero, lo más radical a esta historia fue que, gracias a esta conversación, se enteró Alejandro de la crónica enfermedad de Kelita por comento de Vidal su amigo de los tiempos del San Martín y Avellaneda. Un apago sintió y, también culpa. Pero la vida continuó para él como siempre, sin más.

Más adulta o más madura si se quiere, Lela con la psiquiatría en el bolsillo y en conexión directa con los hallazgos de Häfner, resuelve trasladarse a Barcelona con su madre, donde se había iniciado un innovador programa de manejo de posibles segundos y terceros episodios de esquizofrenia. Aprovechó, el impulso, atraída por la semiología clínica y tomo un diplomado en París. El hecho de volver a París no constituyó ningún gran suceso, más allá de mirar, a lo lejos, a esa pequeña Lela repleta de ilusión, que hace rato, había dejado de ser. La cuestión de su padre había desaparecido casi por entero de sus asuntos y, su amor por las bellas artes, le permitieron, esta vez reconocerse en el Louvre, Las Bastillas, el Moderno y en cada uno de los rincones que los catálogos expresan, con la única salvedad, de que en ella, las imágenes entraban en aquella parte de la conciencia que almacena información para el momento indicado; acaso similares a ese conjunto de elementos con las que las águilas triunfadoras logran reinventarse para relanzar su vuelo. Para eso faltaba todavía. Su vida componía todos los sentidos y ninguno de ellos en las

banalidades de ninguna especie, ni políticas, ni sociales, ni académicas, ni económicas, ni de nada. El objetivo diario, el de los afanes con que cada cual se levanta, en ella tenía suficientes paradigmas como para ocuparse de lo inútil por inútil, pero se iba almacenando aquel conocimiento más cercano a la sabiduría. Con Kelita en Barcelona y sus visitas cotidianas al Teatro Gaudí, el Condal, el Caixa Forum, del Liceu, el CosmoCaixa y el Lliure, todo se tornaba más fácil y más sereno. Lela había alcanzado el momento exacto, aunque todavía no lo sabía.

Con la magia de la literatura a mi favor y revelando un cansancio y un apuro para el que no tengo muchas justificaciones, debo decir que, cada uno en sus mundos, relativamente sólidos y compactos, podemos desenvolvemos sin grandes temores ni grandes proezas. Junto al cigarro en la terraza con café de la una, y con la pipa en el bergere y un ron en la mano el otro, padre e hija, Alejandro y Lela estaban, más que preparados, para su encuentro de Santiago.

Al llegar Lela, después de haberse coordinados en virtud de que el uno encontró a la otra en el Facebook, a propósito de Vidal, él la esperaba en Pudahuel con un gigante peluche encintado en rojo simulando la bufanda, esa misma de la Duncan. Ella no debió mucho esfuerzo para reconocerlo cuando esperaba sus maletas y, él impertinente, arrasaba las seguridades hacia aquella área prohibida, cual dueño o accionista, al menos, del lugar. Ella, algo de pudor sintió y no se esperaba tanta algarabía, aunque no le resultaba tan infamiliar. Él la buscaba, entre tantas viajeras, más bajas, más altas, más

gordas, más flacas, pelirrojas, morenas, rubias, crespas, lisas. Todas pasaban por su lado y, sin excepción, por lo menos una sonrisa le regalaban al viejito del peluche. Estaba en eso, cuando de un costado, opacada por una luz direccional y tras su hombro, lo observaba, maleta al suelo y brazos cruzados hacia el pecho, con ternura. Sólo sus infinitas extensiones de trencillas rubias en su castaño claro resplandecían. Alejandro siente la presencia, como un peso inapelable, el pudor se apodera de él esta vez y, con dificultad, logra darse vuelta. -hola papi...- le oye decir, con el mismo tono suave y volumen de su otrora, bailarina. Se derrite, se delira, el peluche cae al suelo, y como nunca o como hace medio siglo, llora, desconsoladamente llora. Trata de contenerse y no puede, las piernas se le desvanecen y cae al suelo, sin perder del todo la conciencia, porque sigue llorando. Recuerda el poema de los andaluces e intenta declamarlo pero no puede. -Tranquilo- le dice ella que “sólo llora así el que de su soledad llora”. Sus palabras lo calman, ya por el cariño impreso, ya por su evidente extrañeza al ir reproduciendo en su mente esa letanía de Juan Ramón Jiménez. Se reincorpora y por fin puede dar rodaje a la performance que tenía preparada. Enciende el altavoz de su iphone y comienzan a escucharse silbidos de pajarillos en medio del habitual ruido que se va confundiendo con el ronquido de un río caudaloso y veloz al compas de tambores. -Es para mí- le pregunta, ya tomados del brazo camino al porsche boxster. Él todavía con el osito a cuestas.

No hace falta mucho más relato, ni compendio de las ideas, para referir esos 8 días y 7 noches en el mismo departamento con vista privilegiada a El Plomo, que había comprado para la morena, pero que, ciertamente, lo único que quedaba de ella, era es

retrato enorme de cuerpo entero. Nada faltó, los mejores vinos, los más caros, los mejores quesos, los más saludables desayunos preparados por ella, los almuerzos en la terraza, las mejores cenas en los mejores restaurantes del Santiago de los ricos y las buenas picadas del Santiago de los Pobres. Redujeron las culturas y las volvieron a expandir. En el primer paseo de compras, él adquirió una guitarra, lo que se transformó en el tedio de todos los espacios mientras no hacían cosas juntos. Lo demás es historia conocida y salvo los dos encarecidos pedidos de Lela por la visita a su madre y que le contará como la había echado de menos, de los temas del pasado de ambos y cada cual ni se habló media palabra. De ese modo, pasaron alegres, contentos, eufóricos el haberse encontrados. Puede ser que si no hubiese existido tal desgarrador llanto, nada de lo que he contado hubiese existido, pero existió y en eso descansan los imponderables e inmensurables momentos de ser, más, menos, todo y nada al mismo tiempo.

La envidia es un factor que nos domina, les refería al principio. Miramos al frente y nuestro vecino compró un auto nuevo o tuvo la mejor de las fiestas, o viajó a Dubayy, o sus hijos tuvieron los mejores puntajes, o tiene el último iphone, o su 4x4 es alemana, o su esposa es rubia, o es delgada, o su marido ocupado, o es delgado, o tantas otras cosas que envidiamos de veras, o como Alejandro, cuando quiere y se le place cambia de compañera en las proporciones debidas de medidas y tiempo, con su porsche deportivo descapotable del año, su mac... Pero, a veces, con el vacío afán de completar 90 páginas a doble espacio, resulta ser un excelente ejercicio para renovar la existencia, retirarse para adentro,

romperse los miedos y reconstruirse, usando el atardecer a favor. Irnos a la muerte aunque no podamos volvernos jamás, pues en una de esa, con alguna gracia milagrosa...

Estamos de domingo y todos de diversos ángulos no dirigimos al Cajón del Maipo. En la casa de la madre de Jose, se han reunido todas la familias, las de él y las de Lela, en ceremonia de despedida de la Kelita. Una larga mesa y sobriedad es la escena que impera. La palabra solamente es de Lela, quien se levanta y hace un brindis a la nostalgia.

“...ella más que nada, amaba el tango y la danza, más que a mí todavía, tanto los quería, tanto tanto, que tuvo que dejarlos para continuar con su vida. Ella estuvo loca, pero no estaba loca. Créanme que fue la mujer más puramente cuerda que he conocido y, no hablo sólo desde mi oficio, se los digo por todo lo que he aprendido en la vida y en las muertes, que personalmente he vivido. Por Kelita, a su salud.”

Terminado ese almuerzo y con el permiso de todos, parte sola al rincón de su madre en el kilometro 53. Todos entienden y le conduelen. Al llegar, baja con la camioneta hasta donde puede y toma un pequeño sendero, que casi no se nota, en dirección hacia el río. Mira alrededor y un viento cálido e insipiente baja con ella. Que es el Raco, piensa. Un lugareño la saluda, acaso el fantasma de Justino. Ella continúa con el cofre en aquel morral artesanal hasta un viejo y raído almendro al costado del macizo verde y azulino. Al frente en mitad del torrente, se asoma la punta de una gran piedra, desde donde la observa Alejandro. Ella nunca antes había estado ahí, ni por curiosidad

siquiera. Él lo había hecho desde siempre, desde antes inclusive, desde mucho antes siquiera. Ya los dos sentados sobre la piedra, posaron las cartas del morral y sobre ellas, las cenizas. Poco a poco el polvo al viento fue dejándoles leer, la inscripción: “Sí un día he de morir quiero que sea con ustedes en este rincón tan nuestro de los tres”

Queda de mi parte, algunas afinaciones de los instrumentos, cuando el teatro está repleto, ese zumbido de cuerdas y vientos, interrumpido por percutidos timbales y triángulos, hasta el momento exacto en que se enciende el foso de la orquesta, dando paso a la obertura, con un silencio sepulcral de la audiencia entre sus esparcidos y consonantes tosidos, que parecieran también prepararse al mandato de los tres golpes mágicos con los que el director abre las pesadas cortinas que nos reúnen, en ese instante, con la fantasía, la de todos y la de cada uno. Al final volvemos a separarnos y el teatro se enciende entero, advirtiéndonos que la magia ha culminado y vuelve a subirse el cortinaje entre vítores y silbidos. En esta ocasión, cada artista reverencia simulando el cortejo de los restos al viento de Kelita. Por el costado izquierdo marchan los guías y los muchachos con flores en las manos. Por el derecho, Parra y los demases, encabezados por Lela y Sebastiano, llevan flores. Abrazados la Kelita, su Justino, la Rosario y Raquel llevan flores. De las manos Kelita con su abuelo reverencian. Repiten todos, lanzado al aire las flores, reverencias al aplauso y las cortinas vuelven a caer. La platea retumba y se apagan las luces. Un haz tenue reluce las rubias trenzas de Lela avanzando hacia el centro del escenario y retorna el silencio. Con su rostro totalmente iluminado y un pianísimo silbido de flauta, una voz grave, pausada, añeja, senil, declama calma:

“Señores, señoras, señoritas, muchachos...

Las calles han vuelto y con ella los sueños...

Ya no hay nadie allá fuera... son millares...

Las artes retoman sus plazas...

El gen recesivo... ese que casi nunca despierta...

Ha despertado... y será de los libres...

Han vuelto las primaveras...

Y... Al-ocaso...

Partiremos de nuevo.

_/FÍN

